

*Marta, la de la López
Así aprendí, así desaprendí*



*Marta, la de la López
Así aprendí, así desaprendí*

Virginia Marta Velásquez y Melissa Cardoza

© **Red Nacional de Defensoras de Derechos Humanos en Honduras**
© **Virginia Marta Velásquez**
redefensorashn@gmail.com

Primera edición: Enero de 2017

ISBN:

Textos: Virginia Marta Velásquez y Melissa Cardoza
Fotografía de portada: Jennifer Ávila
Fotografía de contraportada: Valentina Canales Silva
Diseño y diagramación: Johanna Montero Matamoros

Impreso y hecho en Honduras.
Reservados todos los derechos.

Presentación	5
Introducción	7
Hija de la india	13
Las fugas	27
Cuesta, la vida cuesta	34
Luchas comunitarias	42
Las mujeres de Esfuerzo y Hermandad	51
MOMUCLAA y feminismo	55
Otras luchas	64
El pétalo de una rosa	68
Si volviera a nacer	77



DEDICATORIA

*Dedico este libro a todas las mujeres,
especialmente a las de mi amada
colonia López y a las del Foro de
Mujeres por la Vida.*

*A la Red Nacional de Defensoras de
Honduras*

A mis hijas e hijos

*A mis amigas Doris Melissa Cardoza
y Xiomara Ventura*

*A Daniela que desde donde se
encuentre sé que lo leerá*

PRESENTACIÓN

Ustedes se preguntaran porqué un libro sobre la vida de una mujer, una feminista, una defensora como Marta; y no un informe de agresiones e incidentes de seguridad, pues oficialmente el mandato de la Red es la protección a defensoras en riesgo y no sus reflexiones o experiencias vitales. Pues, precisamente porque desde este espacio creemos que la protección debe pasar por el cuerpo, pero también por el alma donde quiera que la ubiquen aquellas que son estas mujeres. Aunque no desconocemos la importancia de los planes de seguridad y todas las medidas que aprendemos y compartimos, creemos importante hablar del riesgo y la capacidad de sobrepasarlo desde otro lugar histórico y colectivo, desde cómo lo vivimos cada día, cómo lo sentimos y lo que este significa en nuestras vidas.

Durante los últimos años nuestro trabajo en los territorios nos ha permitido aquilatar eso: vivir el riesgo, las amenazas y persecución que a diario enfrentan las mujeres, en el mismo lugar territorio

y cuerpo donde están los sueños, las rebeldías, el deseo y experiencia para cambiar la realidad. Hemos visto como la vida de muchas compañeras ha tomado otro rumbo después de tomar la decisión de buscar vivir de otra forma las propias luchas; hemos conocido, no a través de comunicados ni publicaciones en las redes, el gran aporte de las mujeres a las luchas del movimiento social en este país desde que se levantan en sus casas, y también sabemos el poco reconocimiento a ese aporte por lo poco que se nombra. Por eso este libro de esta mujer, para nombrar lo que para nosotras las de la Red es vital, pues como decimos las feministas lo que no se nombra no existe.

Desde la Red hemos apostado a defender a quienes defienden derechos privilegiando el autocuidado como una acción de Justicia para las mujeres, justicia que muchas veces toca pelear hasta con nosotras mismas, porque cuesta desaprender los hábitos de los mandatos patriarcales, nos han enseñado a cuidar de otras, pero no de nosotras, y mujeres como Marta siguen haciéndolo todo con una gran

sabiduría. Consideramos, como ella lo dice, que una forma de hacerlo es escucharnos, recuperar nuestra palabra, reconocernos y reconocer en otras el fantástico poder de transformar haciendo.

Recuperar las palabras pasa por contar lo que muchas mujeres defensoras hacen en sus territorios, no sólo en los momentos de las alertas y crisis, sino contar la historia desde la mirada de las mujeres, nombrar a esas que han caminado antes y junto a nosotras y que lo siguen haciendo porque en ese afán renace este maravilloso esfuerzo colectivo, terco y esperanzador de recuperar la vida de las mujeres defensoras y juntar las palabras en un libro como el de Marta, la de la López.

Yessica Trinidad

**Coordinadora Red Nacional
de Defensoras de los Derechos Humanos
en Honduras**

Diciembre, 2016

INTRODUCCIÓN

Este es un libro que como muchos proyectos creativos está soñado, cobijado, apuntalado por una gran cantidad de voluntades y personas, mujeres, propiamente. Con este texto soñó Daniela Mangelschots junto a Marta, allá por el año 1993, cuando juntas hicieron procesos similares a los que llevó a esta publicación, y que por la muerte de Daniela no pudieron ser felizmente concluidos. Mucho de Daniela anda en estas palabras y con ellas le devolvemos los honores que corresponden a su memoria indómita y presente en nuestras vidas.

Es un libro que tiene aires de montaña lenca y costa norte, de soles y calles tomadas por la rebeldía de unas mujeres indoblegables como las de la López que luego fueron Esfuerzo y Hermandad y después MOMUCLAA. Sabe a las baleadas, café y pastelitos elaborados para los días de lucha y fiesta, a lágrimas compartidas en largas reuniones políticas, afectivas, terapéuticas con las compañeras del Foro de Mujeres por la Vida, las Chamanas, las de la Red, las de Esfuerzo

y Hermandad y el feminismo popular que hoy albergan. Es un texto crecido en la piel de muchas mujeres y regalado por la voz de Marta Velásquez o Marta Peñalba, la de la López.

Es su historia y tantas. Sus palabras que he acomodado para que sea su voz la que nos lleve por los arroyos que van a dar a ese enorme mar de fuerza que son las mujeres hondureñas autónomas en sus deseos y proyectos vitales capaces de sostenerse en el mundo con sus propios pulmones y los de otras que cantan en sus cantos comunes, maldicen y gritan las consignas necesarias.

Desde esta lectura, muchas vamos a volver a entender cómo y para qué el patriarcado hace sus mejores esfuerzos convenciendo a las mujeres a que se mantengan en la servidumbre del pensamiento y el cuerpo; colaboren sosteniendo la economía familiar que hace que todos prosperen menos ellas, defendiendo relaciones amorosas insatisfactorias y violentas, familias explotadoras y generando maternidades esclavas.

Leyendo y escuchando a Marta vemos un mundo que desaparece, no sólo el suyo sino el nuestro, una ruralidad, un modo de ser propio en extinción por el devastador acercamiento a la occidental vida del consumo que ya avanzó sobre toda la geografía del país para mal, sobre todo, pues para ser ciudadanía consumidora del mercado, dejamos de ser lo que con tanta simpleza hemos sido por siglos, sembradoras, artesanos, comunidades solidarias, gente preocupada y sabedora del movimiento de las nubes y las lluvias.

En su historia descubrimos que la variable que se mantiene es ese hilo de cáñamos que amarra el racismo, la clase social y todas las explotaciones correspondientes a este cuerpo y vida de mujeres en un contexto posgolpe como el nuestro. Leemos desde su infancia estos sistemas de dominio tan bien organizados en el tinglado de la familia, la pareja, las escuelas, el trabajo, las múltiples instituciones al servicio de la costumbre y el usufructo del trabajo de las mujeres. Como ella misma lo reconoce, el racismo internalizado, la

condición de clase explotada por patrones, y su identidad de mujer con todo el lastre que tiene en esta cultura hacen comprensible las condiciones de miseria, agotamiento y violencia que enfrenta y encuentra en su biografía y en la de tantas otras hondureñas.

Por ella también sabremos de la inquebrantable búsqueda de libertad y felicidad, individual y colectiva a la cual Marta nunca renunció, ni aún vencida por la explotación, la depresión, la enfermedad y el repetido desencanto político. La rebeldía incansable de Marta reluce en todos los lugares más sórdidos por los cuales su cuerpo ha transitado.

Como muchos, este texto se acuerpa de otros que en tantos lugares de nuestra Abya Yala se producen para que quienes vivimos ahora y vivirán después entendamos cómo es que funciona la magia cotidiana de las mujeres que sostiene la vida digna, que nunca vendrá del brutal mercado, ni de las imposiciones violentas de la masculinidad opresora, y que nada tiene de esoterismo sino que

se halla en las tradiciones históricas de trabajo, lucha y creatividad de esas mujeres de las cuales somos herederas.

En cualquier momento, pero también ahora, en este año de terribles pérdidas de mujeres tan valiosas como Berta Cáceres, Magdalena Morales y otras que no alcanzamos a nombrar, cimbra el libro de Marta en esa lucha contra la desmemoria que el sistema nos receta, contra su lógica de borrar a las mujeres y sus actos que de tan heroicos nos parecen comunes y corrientes.

Hoy, cuando el movimiento de mujeres y feministas ha instalado en la cultura hondureña algunas ideas transformadoras, pero se mueve demasiado lenta, temerosa y extraviadamente para los urgentes gestos profundos de la soberanía radical de sus sujetas políticas. Cuando el movimiento social mixto, pese a sus nuevos rostros, repite el silencio y complicidad ante tantas agresiones machistas hacia las mujeres dentro de sus espacios, y llama otra vez a una unidad que siempre calla a las feministas y se urde alrededor de alguna mujer asesinada.

Hoy, este texto da cuenta de la antigüedad de estos ejercicios políticos caducos, por demás útiles sólo para la clase política corrupta en el estado o para dirigencias sociales obsoletas y oportunistas que no transforman de fondo nada para ninguna. Y también hoy, el ejemplo de Marta nos dice que las rutas de tránsito para las rebeldes nunca son tersas, no salen en las fotos ni están llenas de flores, pero que es necesario arreciar la rabia de la ternura colectiva que sostiene la cálida vida.

Como una lanza de fuego las honestas, dolidas y valientes palabras de Marta, dichas desde los actos de su cuerpo, aciertan a nombrar la explotación tanto como la anhelada emancipación, distante pero no imposible, avistada aunque no alcanzada, pero vivida, pues como ella dice: *Yo he tenido una transformación como pocas mujeres, he pasado de la opresión a la libertad.* Y como se darán cuenta al leer el texto una de las grandes revoluciones de Marta tuvo que ver con una central para los feminismos aunque marginalizada en el tiempo, la del cuerpo y la sexualidad recuperadas en primera persona, para ella y sus poderíos.

Mucho nos preguntamos con Marta al releer sus páginas: Cómo es posible tanta injusticia de la cultura patriarcal, por qué estas formas naturalizadas de maltratarnos a nosotras mismas como parte de esa cultura y de dónde tanta rebeldía, resistencia, valor. Lloramos juntas las ausencias, las victorias y la indignación.

Y aquí está este trabajo común para que cada una encuentre las claves que necesita o entienda, o mejor aún vaya escribiendo las suyas. Para disfrutarlo y seguir contando historias nuestras y que no sigamos pensando que nuestra construcción como sujetas políticas viene de estériles héroes sin carne, sin poéticas ni deseos o con deseos de cambios que no nos nombran. Por cierto, todos los textos escritos en formas de versos o narrativa literaria son obra de Marta, quien además, escribe muy bien.

La voluntad férrea de Marta. Su inteligencia y pasión por la justicia. La trayectoria de una vida terca en la transformación confronta también con la idea repetida de lo inútil de la acción

individual o resumido en un atroz dicho popular *Una golondrina no hace verano*. En este caso, lo encontraremos en el texto y siendo ella una mujer alada, Marta quizá no se preocupa de las vueltas del sol, pero sí de incentivar donde vaya y pueda las revoluciones posibles de las mujeres. Lo hace sola si así le toca, y cuando puede, acompañada. Sin pausa.

Lo hace con una enorme dignidad y ternura que es su gran propuesta política. La propuesta de Marta, la de la López; Marta, Maestra.

Melissa Cardoza

Lizapa, santuario de la escritura insurrecta,

31 de octubre del 2016

Aprender y desaprender

No es fácil desaprender, cómo cuesta

Porque nos han jodido tanto

Nos han enseñado a ser dependientas

A sentir alegría cuando nos dan algo

¿Pero a cambio de qué?

*Se apropian de nuestro cuerpo, nuestros sueños,
ilusiones*

Pero cuando desaprendemos esos roles

Aprendemos a querernos

Y, agárrense, cabrones.



Me gusta mucho la naturaleza y me siento muy cerca de las plantas, especialmente de la caoba, me siento como identificada con ella porque la caoba es algo que se siembra con mucha delicadeza, pero también una vez que la dejan pegada, la dejan que se vaya criando sola con su propia fuerza y yo sentí como que mi niñez era así, sentía el cariño, esa delicadeza. La caoba siempre va buscando crecer derecha, con una línea hasta cierta parte, de ahí empiezan las ramas, me gusta ese árbol. Si pienso en los animales me identifico con las mariposas. Desde que andaba en el campo me atraían las mariposas, por los colores, por el cuento de que las mariposas se transforman, desde niña era esa atracción por el animalito. Como que me identifico así. La caoba es muy fuerte, las mariposas son frágiles, viven poco tiempo. En esa cuestión la mariposa nos enseña la transformación y eso es lo que me gusta, de repente viendo también la fragilidad porque así somos, a veces somos frágiles, estamos expuestas a que nos hagan daño, a que a veces nos aplasten.

De mi pueblo tengo un gran recuerdo que es una hermosa peña, grandísima, que al lado tenía un pino grande. Una vez pensé en escribirle a la piedra, tengo frases que le quería decir. Lindísima era porque de esa piedra se divisaba el pueblo. Estaba en la orilla de la calle de tierra, cuando abrieron la carretera la piedra quedó en un sitio donde a la vista se perdían los carros. Mucha gente decía que asustaban ahí, que se miraban cosas. Está ahí la piedra, me gustaba porque era inmensa y al lado estaba el pino y yo pensaba cómo es que había nacido ahí, cómo no se botaron uno al otro. Una vez la profesora de la escuela nos llevó a una caminata a ese lugar y lo primero que hice fue que me subí hasta arriba de la piedra y vi tan lindo, se veía el pueblo desde arriba, con sus techos, todo se miraba bonito desde esa altura.



La peña de mi pueblo

*Situada en un lugar estratégico
está la peña de mi pueblo,*

hermosa

*acompañada de un gran pino
su amigo inseparable*

*La peña de mi pueblo es admirada
por los visitantes*

ha sido inspiración de poetas

que le han escrito poemas de amor y cariño

*Yo la admiré siempre desde niña
y logré llegar hasta ella*

disfrutar de la brisa de su pino

Sentada en ella cerré los ojos

Soñé ser un día fuerte

como la peña de mi pueblo.

HIJA DE LA INDIA

Siempre digo que para hablar de mí debo partir del nacimiento porque ahí empiezan mis eventos cruciales. Mi apellido es Velásquez, y también soy Peñalba, pero soy Virginia Marta, nací en san Pedro de Tutule, departamento de la Paz, el 7 de octubre de 1947. Eso del nombre es que refleja precisamente lo que es ser una niña que vino al mundo sin un arraigo familiar, sino más bien por la fuerza de las diferencias sociales y la desigualdad.

Mi nacimiento fue así, mi madre es una indígena lenca que fue a trabajar a una casa con patronos cafetaleros, ellos tenían un hijo mayor, ella salió embarazada de él. Un día, ya grande, platicando con mi madre le pregunté por qué se da la situación de que a mí me cría una tía llamada Orisela Peñalba, hermana de mi papá, y que yo viviendo en esa familia estoy a la par de él, pero nunca percibí que fuera mi papá, yo lo miraba como hermano. Me crié con tía Chela, ahí me dejó mi mamá, pero esas condiciones y explicaciones no las entendería bien sino hasta mucho después,

hasta que, con el feminismo, pude aprender a hablar con mi mamá sin resentimientos y a darme cuenta que esta historia es la historia de tantas mujeres de este país.

Él, mi papá, se casó tranquilamente con otra señora y mis hermanas llegaban a la casa y jugábamos, sin conocer nuestro vínculo y sin que nadie pensara que era necesario explicarle nada a las niñas, mucho menos a mí que vivía en la casa, pero ya vieja mi mamá me contó que él la tomó a la fuerza y así sale embarazada. Me ha costado nombrar que nací de una violación, que es un hecho también común en la vida de las mujeres, sobre todo cuando son indígenas y pobres, y eso era mi mamá.

Tuve una infancia con mi tía Chela. Claro que mi papá no me reconoció, pero sí lo hizo mi abuelo, su papá, mi tía Chela me asentó en la iglesia católica, ahí me llamaba Marta Argentina Peñalba, pero mi abuelo me puso Virginia Marta y me asentó con la ley. Yo conozco esto cuando mi tía se casa, ella era maestra y se iba a trabajar a otros lados y yo me

iba con ella, como su hija, mientras estuve con ella tenía una niñez linda, ella me trataba con amor, con ternura y cuidado, pero se casó y cuando se casa el esposo se la lleva al pueblo de él, y yo no entro en el plan. Mi tía Chela era una mujer inteligente, divertida y leía mucha literatura cubana, recuerdo que la oía escuchando Radio Habana, así como bajito, porque eso sí era visto como muy malo. Fue ahí que escuché cuando ganó la revolución, ella estaba tan alegre, yo ni sabía sobre nada de esto, pero luego aprendí, entendí y participé en esos procesos. A mi tía Chela le gustaba escribir mucho, era una mujer muy alegre, le gustaba el teatro, ella murió de cáncer.

A partir de los once años me dejan con mi abuela paterna que se llamaba Emma Urbizo. Pienso que en general mi abuela no quería mucho a las mujeres, como pasa tantas veces que nosotras no nos queremos entre nosotras, y a mí me miraba de manera despectiva, era grosera, dura conmigo: Esa, la hija de la india, decía. *Vas a aprender cosas, pero con chilillo.* No me enseñó tanto porque creo

que yo le caía mal y prefería no tenerme cerca, entonces me mandaba lejos y a vender lo que ella hacía o lo que quería comerciar. Yo tenía un tío de doce años y nos íbamos a vender a otro pueblo, a caballo íbamos, yo soy buena montando a caballo y me gustaba mucho. A veces teníamos que pasar por un cementerio, y recuerdo que había un cipote ahí, un guanaco, que cuando pasábamos por el cementerio el cipote me hacía miedo, pero es que me quería asustar para después apercollarme, pero yo no me dejaba. Nos peleábamos, pero nunca contaba en la casa porque tenía miedo de contar, aprendí a defenderme de la agresión de los hombres desde entonces, y también de las mujeres. Mis abuelos tenían una tienda enorme y nos mandaban a vender confites, galletas, de todo lo que había porque había mucho. En la casa había un tío mayor y ése me pegaba mucho, sólo por gusto, por abusivo, si no le hacíamos caso nos pegaba con unos chilillos de cuero, era tan violento que una vez me desmayé de la golpeada que me dio. Debo decir que yo era rebelde, malcriada, les

gritaba, me defendía mucho con la palabra porque no me dejaba y eso a él lo ponía muy enojado.

La casa de la abuela era una casa inmensa, todo era grande, me acuerdo que tenía una cocina como un salón, con unos mesones, todo lo que tenía era exagerado, grandes estantes con un montón de ollas que ni usaba. Tenía ollas para adornar la cocina, era como muy especial la cocina, había piedras, molino. Mi abuela tenía machetitos para picar la carne, le habían mandado a hacer un aparato para los cuchillos, habían cuchillos de toda clase. La cocina era como un lugar muy especial de esa casa, un lugar de abundancia y como un reino para ella.

A mi tía Chela que era mi protectora le contaba de estos maltratos que me hacía la abuela y ese tío, cuando llegaba a la casa hablaba con ella porque sentía confianza, yo hubiera preferido irme con ella, pero el marido no quería que me llevara, y era machista. Resulta que una vez me llevan unos días y veo que ese marido le pega, la golpeaba, yo pensaba Cómo se deja mi tía, no podía entender

que esa mujer que yo quería tanto y que era tan inteligente se dejara golpear. Recuerdo que vi cuando la golpeó y vine yo y agarré un leño y le di al hombre un gran leñazo, pero me tuve que ir de esa comunidad porque me podía matar ese hombre, me fui caminando sola, pasando el río Humuya que estaba muy crecido, pero unos hombres que arriaban ganado me pasaron, me fui a Cane, La Paz, ahí dormí y de ahí me fui a mi pueblo. Yo tenía 13 años, no era miedosa, era una cipota gordita, fuerte, bien dada y me enojaba mucho ese maltrato a las mujeres, y además mi tía era uno de mis amores, tenía cólera con ella porque se dejaba pegar de ese hombre. Esa vez fui a contarle a mi abuela lo que pasaba, ella se enojó, no le gustó que le tocaran a su hija, eso sí no le gustó aunque a mí me castigaba; cuando la tía fue a la casa llegó diciendo que era mentira, negó la violencia en la que estaba viviendo, para mí no era fácil entender, me costó muchos años saber qué era la violencia, cuántas mujeres la vivían, cuánta viví yo misma. Ella llevaba ese hombre a la casa, ahí se lo permitían aunque sabían de la

violencia, pero como pasa casi en todos lados la gente se hace la desentendida o sólo deja que esas cosas suceden como si fueran normales. Yo no lo perdonaba, era tan mala que le ponía trampas para que se cayera, le ponía botellas con cabuyas a medio corredor para que tropezara, y como él dormía en un cuarto abajo, yo de arriba le echaba orines, para correrlo de la vida de mi tía. Me odiaba como yo a él. Cómo deseaba que la dejara, y al final la dejó.

Siempre sentí rabia cuando veía cosas injustas, como esa y otras. Desde niña cuando miraba que los cachurecos amarraban a la gente del partido liberal para arrastrarla por el pueblo me daba rabia. Ay, decía, que malditos esos; era después de la dictadura de Carías y no les decíamos cachurecos sino que carriístas. Después para un golpe de estado como por el año 56 pasó lo mismo, esa vez se llevaron a mi abuelo amarrado al estadio. Lo llevaron por liberal; los amarraron y los llevaron a todos los liberales y como oía y miraba que los cariistas hacían esas barbaridades, entonces yo

los odiaba. Mi abuelo era tan buena gente que mucha gente lo respetaba, hasta los nacionalistas, y yo lo quería mucho. A los cariistas los odiaba mi familia, teníamos la indicación de mi abuela de no venderles pan a las familias cariistas, y así era, en la tienda no les vendíamos el pan bueno que hacían en la casa, por malos.

Mi abuelo era un alma de dios, tan solidario, bueno, se llamaba José Efestión, le decían don Ton, fue alcalde del pueblo. Mi abuela era una mujer celosa, agresiva, de mal carácter. Mi abuelo no era mujeriego, por lo menos yo no supe, era un hombre solidario con la gente, bien recuerdo que llegaban unas mujeres a vender cebollas y mi abuelo les ponía unas hamacas en un corredor. A mí, mi abuela me decía que les fuera a robar, yo lo hacía, pero luego le contaba a mi abuelo y él les pagaba a las señoras. Un día me oye mi abuela que le estoy diciendo a él cuanto les debíamos a la mujeres y me dio una golphiza tremenda, a mi abuelo le dio con un palo de roble, le quebró la mano, este viejo tal por cual le dijo, lo insultaba mucho. Para mí siempre fue ella la agresiva.

En la casa estaba entonces la tienda del pueblo, le decían la tienda de los Peñalba, ahí ¿qué es lo que no se hallaba? Desde una aguja hasta una montura, muchas cosas se hacían ahí, mi abuelo era talabartero y me gustaba estar con él porque nos ponía con unos sacabocados a hacer broches para los machetes y adornos de latas de sardina. En la curtiembre que tenía se curtían los cueros para sacar la suela. La realidad es que a mí, oficio no me ponían en la cocina; mi abuela era bien escrupulosa para lo de la comida porque ella vendía a los profesores y decía que *micas aquí cocinando no quiero*, porque según ella la gente iba a ver que las cipotas tocaban la comida y parece que la gente pensaba que las niñas éramos sucias.

Yo siempre anduve al par de mi abuelo, trabajando con don Ton; con él íbamos a las fincas, así me iba a dejar la comida a los cafetales porque tenían beneficio de café, ahí íbamos a ayudar a hacer una brea para sellar canoas del agua, ahí andaba en medio de los hombres con mi papá, siempre

le dije papá al abuelo. Me ponían a marcar los sacos de café, a ponerle las letras de Beneficio Peñalba, porque yo escribía bien y lo hacíamos con un añil rojo, con una brochita marcaba los sacos. Íbamos a rastrillar el café, yo me manejaba al dedillo todo lo de los cafetales y el beneficio, llevábamos la gasolina para prender los motores, y además por ahí tenían una molienda con trapiche donde íbamos a dejar comida y a tomar cachaza. Mi abuelo era tan cariñoso que tenía un molde chiquito para hacerme unos batidos chiquitos, era bien consentida yo. Mi abuela me dejaba ir y estar con él, creo que no me toleraba porque me dejaba ir, yo no aprendí a hacer tortillas ni mucho oficio por lo menos no de la cocina.

Ellos además tenían una fábrica de jabón en La Ceiba y llevaban las cajas a la tienda. Cuando me ponían a vender y llegaban los trabajadores de la finca, y sobre todo a las mujeres, les daba jabón, me lo robaba y se los ponía en las bolsas; cuando yo estaba vendiendo había gentío comprando, porque me pedían una libra de frijol y les daba dos,

y más dulce de rapadura, si pedían cinco candelas les metía otras, siempre les daba más de las que pedían. Los compañeros míos en la escuela que no tenían papel para hacer el cuadernito, pues yo me lo robaba el papel y se lo llevaba para que tuvieran en qué escribir. A la escuela yo iba con todo en abundancia, mi abuelo me había hecho una valijita con mi nombre para la escuela, de cuero, con un candadito, bien pinta. Pero había mucho niño pobre, pero muy pobres.

A mí no me esclavizaron en el trabajo doméstico, y cuando me fui con Jorge, mi primera pareja, un día me dijo que le hiciera unas tortillas y yo hice unas con una lata de osmil de molde como si fueran galletas, y me dijo, *es que no sabes hacer tortillas*, no, le digo, y *qué sabes hacer vos...* Para mí el trabajo era otro, no el de la cocina y nunca me gustó estar ahí en esa esclavitud, ni me ha gustado ese trabajo para mis hijas ni mis nietas.

Recuerdo los pozos del agua en el pueblo porque no había agua en la casa, la jalábamos, íbamos a traer agua, y cerca había unos hoyos de donde

traíamos tierra para revocar las casas, como antes no había pintura. Para octubre se revocaban las casas, se echaba la tierra con un arbolito que tenía una liga que se llama guascoyol, con eso se revolvía y la tierra no se caía porque esa liga sellaba. En octubre se hacía eso para preparar para la Navidad, salíamos a buscar cosas para el nacimiento que hacía mi tía Chela, ella era muy creativa y todos los años cambiaba los estilos del nacimiento, hoy, dijo una vez, vamos a hacer un volcán en erupción, ella hizo una chimenea, ponía brasas por debajo y en la noche se veía salir el humo de un volcán. Hacía ríos, los ríos del pueblo, todo el mundo íbamos a traer musgos a la montaña, diferentes variedades de plantas, zacates. Antes todo era natural, no había luces para poner, ella para hacer luces de colores hacia candelitas con sebo de vaca, en cosas de barro, las envolvía con papel celofán, eran como foquitos de colores. Se ponían ramas, con pajaritos, para adornar el nacimiento, el nacimiento era el importante, las ramas se ponían encima, no es que eran de esos árboles gringos. Todo se hacía de barro, algunas

Marta, la de la López. Así aprendí, así desaprendí

cosas las compraba porque todo era barato. La gente hacía cosas para los nacimientos. Ella hacía las figuras de todo lo que hallara, de cartón, barro, suela. Todo era muy bonito y lo hacíamos nosotras mismas.

La tía Chela

Mujer hermosa

sabiduría de diosa

piel canela como la tierra que abona la vida

que da existencia a nuestro ser

cómo te quise y te quiero

fuiste la que me enseñó a dar los primeros pasos

la que me bañaba,

me ponías linda con ropa que confeccionabas para mí

fuiste la que me diste ese amor desde la ternura

por eso te amo y te amo, tía Chela



Cuando mi abuela hacía pan, me ponía a llevar leña, pero no sé hacer pan, no me enseñó. A mí que me preguntaran del café yo les daba informe. Lo del trabajo de las mujeres que sí hacía era ir a lavar. Nos mandaban a lavar, mi abuela a veces iba con nosotras y cuando ella iba llevábamos comida, y me decía, venga le voy a enseñar a lavar, llevábamos unos botes de jugo de limón, llevábamos lejía de roble en otro bote. Decía mi abuela que la ropa se enjabona, se enjuaga, se tiende al sol, y entonces la poníamos y la regábamos bajo el sol para blanquearla y dejarla muy limpia y olorosa. Cuando ya la recogíamos le poníamos jugo de limón en las cobijas, y las tendíamos. Había un monte que usábamos y se llamaba azulillo, eso le poníamos a la ropa blanca, quedaba bonita. Los blúmeres bien lavaditos, decía, se huelen antes de tenderlos porque no tienen que heder a meados ni a caca. Les echábamos limón para que olieran a limpio. De ahí para planchar había que almidonar la ropa, eso sí me ponía, tenía que almidonar la ropa, se rallaba la yuca y se dejaba en unas

grandes pailas, se ponía a secar el almidón de la yuca. Todo se planchaba en ese entonces, se planchaban las camaras, fundas, con planchas de brasa o con planchitas pequeñas que eran un montón y se ponían al comal para que se fueran calentando. Me ponían a planchar pantalones de kaki de mi tío que era sargento y si la raya del pantalón no quedaba bien hecha había que volver a lavar y almidonar el pantalón. Detestaba planchar y hacer café. Me levantaban como a las tres de la mañana a hacer café para guardarlos en unos termos grandes. Las muchachas que trabajaban en la casa llegaban a las tres de la mañana, y a mí me levantaban a hacer el café y por eso sí renegaba.

Yo tuve esa niñez linda, con abundancia de todo y con esos trabajos que casi todos me gustaba hacerlos. La tía Chela me peinaba, me hacía colochitos, y me hacía el mejor uniforme, me lo costuraba y metía la falda bajo el colchón para que estuviera plisadita, me hacía uniformes con estilo marinero con golas y estrellas, tenía zapatos

lindos que me traía mi abuelo de El Salvador. Pero yo sabía que la mayoría de la gente vivía mal, que no tenían nada, y eso era porque les pagaban poquito, como un lempira al día. Mi familia hacía eso, eran los patronos, explotaban a la gente, y yo les devolvía de la tienda todo lo que podía, después supe que éramos ricos porque todo ese trabajo de la gente indígena y campesina casi no se pagaba.

La solidaridad humana, como actitud la aprendí de mi abuelo, a pesar de que había esa explotación que yo creo se veía como algo normal, sobre todo lo hacían con los indígenas. En ese tiempo los lencas hacían peregrinaciones, hasta Guatemala iban caminando, iban a adorar al Cristo negro de Esquipulas. Van a bajar los inditos, decía mi abuelo, y él mismo tenía preparado caites de llanta y cuero de vaca, nos ponían a alisar aquella suela con aceite de mostaza para que cuando pasaran los peregrinos por ahí, si se le reventaban los caites se los arreglaba y no les cobraba nada, él les decía: ahí me echan una bendición, y así

digo yo ahora, cuando hago favores a la gente que no puedo pagar les digo: ahí me echan una bendición. Me decía: *tenga listo queso y tortilla y se va a la salida del pueblo*, él me daba una canasta llena de queso y tortillas, antes no habían bolsas sino que envolvíamos todo en papel estraza y además les poníamos huevos cocidos. Regalábamos la comida a los peregrinos, pero para que no viera mi abuela, tenía que irme a la salida del pueblo.

Con él aprendí muchas cosas, por ejemplo de la zapatería porque hacían hormas. Yo era una niña bien chispa, mi abuelo vendía cartas de venta y yo las sabía hacer, él me ponía a escribirlas y sólo las firmaba, me daban diez centavos por carta, en ese entonces tenía como ocho años y hacía ese trabajo. Participaba en las noches culturales y recuerdo bien que cuando llegaba Modesto Rodas Alvarado me vestían para esperar la comitiva. Cuando mi abuelo fue alcalde, mi papá fue juez de paz. Los jueces de paz tenían que revisar cuando habían muertos, hacer reportes, y mi papá

verdadero me llevaba y me decía: apunte ahí, una herida por el costado, cinco centímetros... y ahí yo mirando a los macheteados. Ese reporte lo llevaban a la comandancia y me mandaban a llevar el reporte, como yo era familia del alcalde no veían problema que fuera una niña. Es curioso porque para eso sí me utilizaba mi papá, pero no le decía papá, para mí era mi hermano y él no decía nada. Cuando iban a hacer el levantamiento del cuerpo, ahí estaba yo de secretaria.

También recuerdo como se peleaban los territorios los de Tutule con Santa María, había mucho pleito. Mi tío Chepe era comandante del pueblo y decía: *hoy vamos a ir a tomarnos la plaza* y me mandaban a sacar rifles para armar a la gente y defender el territorio, para ir a matarse. La verdad es que yo los enfrentamientos nunca los vi, sólo vi llegar los cuerpos en hamacas, heridos o muertos, pero sí recuerdo bien el ambiente del conflicto y todo lo que se vivía, yo misma jalando armas con otros cipotes.

En ese pueblo las mujeres indígenas iban a vender ollas, comales, antes todo se hacía en barro, barato todo, baratísimo, siempre se les pagaba mal a ellas y sólo las indígenas lo hacían. Vendían en las montañas, en las aldeas; cuando se celebraba la feria del pueblo bajaban con vestidos de colores, trenzas, delantales bien bonitos, con pañuelos de tafetán colorido, siempre se veían muy diferentes a las demás personas por su forma de vestir, de ser, de hablar. El resto de la gente era despectiva con ellas, *los indios*, decían... *ahí vienen bajando los indios*, pero con menosprecio. Ellas traían pan rico, *los indios de Montañuela hacen pan rico*... así les llamábamos. Era discriminador porque los del pueblo se llamaban los ladinos, y esos indígenas los respetaban porque eran los señores del pueblo, ser ladino era ser mejor y ser indio era lo peor, lo más pobre, ignorante. Hasta yo, que era hija de una lenca, pensaba igual porque a mí no me gustaba decir que era hija de mi mamá, no me gustaba decir que era hija de una india lenca. Empecé a aceptarlo, a reconocerlo ya cuando era muy grande, fue en

la casa Chamana, yo era despectiva conmigo misma, pero ni lo sabía, no había aprendido a ver mis raíces ni a valorarlas. Ahí aprendí también a perdonar a mi mamá porque no era culpable de lo que me había pasado en la vida, ni lo que le había pasado a ella.

El pueblo era tranquilo, había poca gente, y era frío porque los bosques eran espesos, eran contados los barrios, había poca gente. Había iglesia evangélica y católica, predominaba la católica, pero la iglesia era diferente, siempre habían gringos al igual que ahora, ellos hace mucho que están en este país y se metieron así, suavcito, con las iglesias. Cuando uno iba a la escuela dominical daban tarjetitas como de navidad, llegaban gringos con las tarjetas de invitación y así íbamos a la escuela dominical. Pero esas iglesias eran diferentes a las de hoy, tenían órganos y los himnos eran bien suaves, más tranquilos. Siempre atraían en la iglesia evangélica porque regalaban cosas, se llenaba de güirros la iglesia, cipotes hambrientos. En la católica no había sacerdote, pero iba uno los domingos. Solo

para la feria se estaba toda la semana de la feria. De ahí sólo una vez por semana. En mi casa eran evangélicas, casi nunca iba yo a la católica. Ahí los curas no eran revoltosos, yo sólo vine a ver estos curas de cambio en la costa norte, aquí me los encontré, por suerte.

La escuela quedaba frente al mercado, y como en la casa también tenían baronesas, esos carros grandes que se armaban para llevar pasajeros, un día me enganché unos güirros para ir a pedir unos libros a La Paz; pero no le dijimos a nadie, solo me los llevé, los subí al carro y nos fuimos. Cuando volvimos nos macanearon, pero conseguimos los libros. Yo tenía ese liderazgo con otros niños. Les decía hagamos tal cosa y la hacíamos, me seguían.

Aprendí a leer desde el primer año; primero se aprendía el abecedario porque si no, no se aprendía a leer; después las tablas de multiplicar, una ya sabía leer y escribir, restar y dividir. En segundo grado ya sabíamos eso, en tercer grado me acuerdo que tenía una profesora

muy exigente con el trabajo en la escuela. Uno tenía un cuaderno único largo. Lo dividíamos en las materias que estudiábamos. Todo lo que es historia hacíamos los dibujitos, yo no podía dibujar, pero un compañero me los hacía. De ciencias estudiábamos mucho los animales, los coleópteros, reptiles, anfibios y cuando llegaban los examinadores, la terna llegaba de otros lados la sentaban a una y decían: *ya les presentamos a los examinadores; ¿estudiaron?* Yo era buena para la escuela, me gustaba estudiar. Nos subíamos en un palo a estudiar, de memoria, a repetir y repetir, una vez me dormí y caí encima de un chanco. Me subía a los palos porque ahí estaba sola y eso me gustaba. Nos mandaban a hacer composiciones al campo, que viéramos el río y que escribiéramos. Yo era buena para eso, siempre me gustó escribir. Nos mandaban a los cañales para después hacer exposiciones, nos llevaban al cafetal, íbamos bien alegres con las maestras, llevábamos tortillas, huevos cocidos y nos bañábamos en el río, íbamos todo el día a la escuela, pero era tan bonito. Hacíamos arriates

para sembrar verduras, papas, repollos, mi abuela tenía una refrigeradora que yo la miraba enorme como iglesia, con gas funcionaba porque no había electricidad. Mi abuela mataba gallinas y las guardaba en el refri porque si llegaba alguien hacia una sopa, yo me robaba las gallinas y cocinaba en la escuela, con los güirros, teníamos una olla para cocinar y comer todos juntos, le poníamos la verdura de los arriates. Me daban una macaneada cada vez que hacía eso porque ella siempre se daba cuenta, y decía *si es que ésta es ladrona, va a terminar en una cárcel, porque el que roba de chiquito se va haciendo ladrón*. Yo robaba de todo para regalar, ellos no daban nada a nadie que no fuera de su familia, yo regalaba, pero tenía que robar. Así era. Guardaban el dinero en unas gavetas con llave, ese no lo tocaba, pero si las cosas, la comida. Durante las ferias llegaban los conos, paletas, eso sólo en las ferias, llegaban los frescos porque en los pueblos no había, mi abuelo me daba pisto para que yo comprara. Vendían unos jugos en bolsita que eran riquísimos, yo sólo tomando frescos y

montón de güirros detrás de mí para que les diera porque yo siempre andaba pisto. Yo tuve ese liderazgo, cuando me tocaba a mi asear la pieza decía *¿quién me ayuda? Yo, yo*, decían, claro que yo llevaba galletas, pan y ellos barrían, era medio liderazgo porque tenía que darles, pero de todos modos me seguían.

Montón de cipotes de las aldeas no llevaban nada para comer, su tortilla nada más, y pasaban todo el día en la escuela, era terrible su hambre; entonces me robaba sardinas de la tienda y las repartía, eran bien ricas. Los güirros me pedían queso, lo llevaba y no se daban cuenta porque había barbaridad de cosas. Era una tienda enorme y no tenían control porque era demasiado; qué es lo que no había ahí, cuadernos, lápices, hilos, machetes, candados, era de todo... comida, gas. Nadie robó nunca la tienda ni supe de robos en ese tiempo, tampoco supe de violaciones, yo iba a los pozos a traer agua con otras cipotas y no sentía miedo. Lo que sí había era violencia en las casas, golpeaban a las mujeres, eso era frecuente,

unas llegaban a la casa golpeadas, y mi abuela: *mujeres brutas, decía, pongan a hervir agua y les tiran agua caliente, una no tiene que dejarse*. Yo veía y decía: ve mi abuela cómo les dice, porque ella decía que mi abuelo no era buena ficha, que había sido mujeriego, pero yo lo veía tan suave y bueno.

Mi abuelo era de familia salvadoreña y nicaragüense y él sabía hacer de todo. Hacía unas arganillas que eran de cuero como alforjas, las de cabuya eran alforjas y unas pipas de cuero se hacían para jalar agua. En esa época solo había carros Land Rover y los Ford, las baronesas las construían en los Ford con carrocería de madera; no había bicicletas, sólo mulas.

Mi abuela no tenía necesidad de hacer pan para vender, pero hacia mucho pan, me mandaba a vender, era un pan rico, iba yo a apuntar quien quería y luego sólo iba a dejar, por eso vendía rápido, pero tenía mi sistema, iba a apuntar y eso nadie me lo enseñó, yo era bien lista. Ella hacia marquesotes que eran una delicia, unas batidas

a pura mano. Destazaba cerdos y vendía; por 30 centavos daba un plato grande de chicharrones.

Yo de niña no era enferma, era sana y fuerte. Empecé a enfermarme en la costa norte, me empezó esto como de asma por lavar y planchar ajeno, en ese río de Choloma caía con fiebre, ahí me levantaban las compañeras. A veces, digo yo, púchica, trabajaba como burra, lavaba, a veces planchaba hasta la madrugada y a las cinco de la mañana iba al río a volver a lavar. Sólo les dejaba a los cipotes el café y el pisto para el pan, yo no llevaba comida, a veces en el río compraba tortillas o me compartían otras mujeres. Púchica, yo nunca había sufrido de estas cosas cuando era niña. Esa miseria en la que viví: dormir en el suelo, en cartones, no tener cobijas, trabajar sin descanso, con hambre, nunca estuve acostumbrada a eso. Tuve dos vidas, pero esa vida de miseria me enseñó otras cosas importantes y necesarias.

Una mujer inteligente

Es la que se levanta de las cenizas

La que aprende a decir NO

La que escucha el silencio de las otras

La que ama su cuerpo

La que disfruta su sexualidad

A través del placer y el gozo

La que sueña y lucha por las injusticias

La que aprende y desaprende

De los procesos de la vida

La que la enfermedad no la vence

La que ama y la aman

La que es espejo para otras

Como el sol, la luna, el arcoíris

Donde los colores son sabores para su alma

La que recibe la tibia noche

Llena de estrellas

Y el amanecer ve la montaña con su verde

Y se dice: eres inteligente



LAS FUGAS

Yo estaba segura que vivir en esa violencia que viví en la infancia y que miraba con otras mujeres no era bueno, no era lo que yo quería, no me gustaba a pesar de tener todo lo que tenía, así que cuando iba a cumplir catorce años me fui, me fui sola. Y eso es algo que hice muchas veces en mi vida, escogerirme aunque estuviera en la comodidad y la abundancia. Mi mamá vivía en el pueblo, pero yo nunca la visitaba porque nunca la vi como mi mamá, pero esa vez yo le dije a ella que me ayudara a irme porque mi abuela era muy grosera conmigo y entonces mi mamá me decía que no era correcto que me fuera y que estaba bien con mi familia. No me ayudó en nada. Me costó años entender cómo se vive el racismo dentro de una misma, entender que para mi mamá lo mejor que pudo haber hecho es haberme dejado en la casona de los Peñalba, en la tienda de los ladinos.

A los catorce años, me fui a Comayagua, no conocía a nadie, llegué y me senté en una

banca del parque. Una señora pasó y me dijo *¿está buscando trabajo? Sí, le dije. Mire, en el penhouse, que así se le decía a los hospedajes en Comayagua, están buscando una cipota, donde doña Norita, es un lugar muy respetable.* Le pedí que me llevara. Eran unas señoras muy religiosas, católicas, en el tiempo que unos japoneses instalaron la luz en los pueblos, ponía luz y teléfonos, la OKI se llamaba la compañía. La señora me puso un cordón en el cuello, me lo midió y me dijo, *vos sos señorita así que vas a dormir con nosotras,* me pusieron un colchón en el cuarto de ellas, *te vas a levantar con nosotras.* Yo me levantaba con ella a las cuatro de la mañana a freír huevos, a preparar comidas para esos hombres trabajadores de la empresa. Ahí me cuidaban esas viejitas, un año entero estuve; la otra señora que vivía ahí era maestra en el León Alvarado, era como el año 58, ahí estuve en ese hotelito donde se hospedaba la mayoría de la gente que llegaba al pueblo, creo que se llamaba San Antonio y había un san Antonio en la entrada. A mí me daban cincuenta centavos para ir al cine,

íbamos a ver las películas del santo porque eran de miedo, iba con otras muchachas y me gustaba el cine. Me pagaban como diez lempiras al mes, me regalaban cosas, eran buenas las señoras.

Según decían que en la casa de mi abuela me buscaban, pero era mentira, y un día un tío que trabajó de guardia de honor de Villeda Morales se casó y pasó por el hotel con la esposa, me encontró. Cuando estaba limpiando las mesas me mira, *Ajá, ¿usted que hace aquí? Yo aquí trabajo, le digo. Mi mamá la anda buscando, y usted se va con nosotros.* Yo no me quería ir, me había encariñado con las viejitas y me trataban bien, pero él le dijo a la señora: *Ella es sobrina mía y se vino sola, y la señora dijo: ella es bien portada y bien trabajadora, ella es muchacha de casa, me da lástima que se vaya, pero y cómo.*

Me lleva el tal tío para Tegucigalpa y la esposa de él ya regañándome, me quiere pegar, me llevaron para trabajadora de ellos, nada de que fuera familia. Mi tío Samuel era chafa, y me llevé, pero no me pude entender con la esposa. Una

ya fuera de la familia se va liberando, conocí a otras trabajadoras y les dije: *no me llevo bien con la señora de mi tío.* Una me dijo *buscá en otro lado,* yo tenía 15 años. Ellos eran ricos, tenían algodonerías en el sur, tenían avionetas, vivían en el barrio abajo en una mansión cerca del río que no estaba contaminado, era lindo. A veces me llevaban al sur, y a veces me daba unas caladitas en la avioneta que las usaban para fumigar el algodón, y nos llevaban para las cosechas, para ayudar a hacer las pacas de algodón, ahí pasé esos tiempos.

Me fui de esa casa también; igual, aunque tuviera todo, había maltrato, y me fui a trabajar donde unos profesores. Él se llamaba Juan Ramón, la esposa trabajaba ahí con el suegro de mi tío, entonces me dijo *si querés ir a trabajar conmigo venite, pero calladita porque me quitan este trabajo, sólo me vas a ayudar a traer la niña al kínder.* Me fui, ellos eran bien pobres, vivían en una casa de adobe que tenía lo necesario, la mamá de él hacía pan donde una señora en

el Morazán, nosotras le decíamos mi Tita, ella llevaba su pancito a cada uno. A mí me gustaban porque eran cariñosos conmigo, se comía poco, sencillo. Mi Tita decía lo que tenía que hacer, me fui acostumbrando a esa generosa pobreza, me pagaban diez lempiras al mes, pero había otras muchachas, hijas de ellos, dos, una de 17 y otra de 14 que estudiaban en el Sagrado Corazón. Irma, la señora, decía que sus hijas debían estudiar en mejor colegio, era un poco fufurufú, yo las llevaba, después íbamos a pasear al Parque La Leona, íbamos a jugar y yo como era bien bailarina iba a las kermeses.

Las hacían donde ahora es el ministerio de educación, hacían unas por barrio Casamata; ahí íbamos a bailar las que trabajábamos en La Ronda, yo no tenía ropa, pero las cipotas me prestaban para que fuera bonita, así me iba. Ahí en esa casa del profe había una biblioteca, pero con llave; un día dejó la llave puesta, abro y veo que hay libros, porque eran muebles empotrados y no se notaba lo que había ahí, vi los libros y

empecé a limpiarlos, ahí vi por primera vez un libro de Marx, pero no lo leí. Ahí encontré un periodiquito, creo que era de profesores, ahí se mencionaba la lucha, la huelga del 54, ese sí yo leía, llegó el profesor y me encuentra y me dice que por qué tengo abierto, le contesto que estoy limpiando los libros. *No, no diga que tengo libros ahí, ni mis hijas saben, no le diga a nadie, no me abra ahí.* Pero otra vez que dejó la llave volví a abrir, estaba picada con esas publicaciones, me encontré con un periódico del partido comunista, hablaba de zapateros y sastres, no le puse más cabeza, pero pensaba cómo es esto que el profesor guarda periódicos de zapateros. El profe me preguntó: *¿usted terminó la primaria? No. Ah, pues, se va a ir a inscribir, en el barrio Morazán hay una escuela.* Le conté que hice hasta tercer grado. *Pues va a ir a terminar su primaria y entonces después va al colegio donde trabajo.* Ellos sí me querían como familia, tenía la llave para entrar y salir de la casa cuando quisiera, me matriculé en la escuela, ahí hice cuarto, quinto y sexto grado. Cuando tengo que pedir mi partida

de nacimiento para sacar el diploma de primaria veo que tengo otro nombre que el que me decía tía Chela, ella trabajaba en Comayagüela, me fui a verla y le pregunté que por qué decía otro nombre y que no tenía papá. Me explicó que ella me había asentado con otro nombre. Entonces no sabía cómo me llamaba, tenía otros certificados con otro nombre. Le expliqué a la profesora y me dijo que siempre pasaba eso, pero ella me puso el nombre que yo me ponía Marta Argentina Peñalba. En ese tiempo había un ministro que llegaba a las escuelas, hacían concursos de escritura, composición le llamaban, en la escuela en que estuve gané el concurso, y le dieron a la escuela un archivo y una pizarra, hice una composición sobre el café porque yo sabía de los procesos y la profesora me ayudó y ganamos el concurso. Me ha gustado escribir.

Luego conocí al papá de mi hija mayor, tenía yo 17 años, fuimos novios dos años, yo era bien coqueta, pero solo para bailar o que me invitaran, pero más compañía era lo que buscaba, no tenía

otras intenciones. Los novios eran para que me llevaran a las kermeses, tenía un montón de novios, me decían *Esta Marta, pucha, andas con uno y con otro. Vaya, es que yo no ando con nadie*. A veces me reclamaban, pero les decía que no era novia de ninguno. Este Villalta, Jorge, andaba con una novia del Sagrado Corazón, pero le gusté yo y la familia de él no me aceptaba porque yo era empleada doméstica, anduve dos años con él, decidimos apartarnos, nos fuimos a vivir a una cuartería en el barrio Morazán, él era muy hogareño, pero era celosísimo, cuando éramos novios no me fijé en eso que me decía *si andas con otro me voy a matar. Ah, pues, matate*. Pero cuando me fui con él que se hace grosero; una vez, ando comprando una leche para mí, estoy platicando con el muchacho de la pulpería, y que me oye Jorge y me ha traído del pelo hasta la casa. Y eso sí, mi abuela me enseñó que si una se dejaba dar la primera quedaba de petate, pero que si se levantaba con la primera, a una la respetaban, eso le aprendí. Entonces cuando hizo eso dije, no, no le voy a aguantar.

Me dejó encerrada con llave y vivíamos en un segundo piso, entonces amarré unas cobijas, y me vine chollada por la ventana hasta el primer piso, estaba ya con una panza de nueve meses, en la calle la gente asustada cuando me vieron caer del cielo. Tiré mi ropa primero y me fui otra vez donde el profesor, porque ahí me abrían la puerta a la hora que llegara, y entonces llegué y les conté lo que pasaba y que no quería vivir con él. Ahí estuve, ahí nació Elma Delsy, ahí empecé en el colegio, en el Guillén Zelaya. El maridito me andaba buscando, pero yo no me dejaba ver, yo me iba a bailar así panzona, pero mis amigas me escondían cuando lo miraban. La niña nació en el San Felipe, a la una de la tarde. Iba a bailar, pero me dieron los dolores y me fui al hospital. Ella nació en el año 67. Ahí llegó el hombre a disculparse, y le dije: *No, yo con vos no vivo más*. Reconoció a la niña, le llevaba cosas, pero como yo no le di entrada hasta ahí nomás llegó; luego lo mandaron a México, él es músico y hoy vive en los Estados.

En esa vida fui muy libre; mi adolescencia fue pobre y libre, bailaba, trabajaba, estudiaba y criaba a mi hija, estaba con gente progresista que tenía conciencia y me quería. Pero cuando empieza Cristo a padecer es cuando me vengo para la zona norte. Apareció de la nada una tía que me dice que la familia me quiere ayudar, que me vaya con ella, que en el norte voy a seguir estudiando porque estoy joven, que no sé qué...y me vengo con ella y con la tierna. Me dio tristeza porque donde el profe me dijeron: *Bien sabes lo que es tu familia y como te han tratado siempre, Marta, pero andá y probá, aquí las puertas están abiertas para cuando querrás volver. Ah no, dije, voy para la costa norte*. Era como ir para los estados, yo orgullosa estaba. Me vengo a la costa, a los dos meses de estar aquí le pregunto a mi tía cómo era lo de los colegios que ella me había dicho, cómo es que me va a ayudar, y me contesta: *¿usted piensa que voy a ser su trabajadora, que voy a cuidarle su güirra?*. Entonces pensé, bueno que te pase, Marta, a ver si aprendés como es la familia. Siempre iba a bailar, a mí me gustaba el

baile. Un día, el abogado, esposo de mi tía, hace una barbacoa; por cierto que ese hombre una noche se me quiso meter al cuarto, y cuando yo le hablé a ella, sacó una pistola y le hizo un tiro al hombre, *te voy a matar*, le dijo. Pero ella decía que yo era la que lo provocaba, que ella me dijo que no me vistiera así, porque yo andaba con ropa para el calor. Ese día de la barbacoa, llevaron un cocinero para que les asara la carne, eran todos hombres abogados bebiendo, comiendo y yo estoy hirviendo una leche cuando llega un hombre y me agarra y me aprieta, entonces yo lo empujo y me dice, *¿y qué?* Entonces me vuelve a agarrar, a apretar y tocarme, entonces grito y llega el esposo de mi tía y le dice: *cogetela a esa puta*. Sólo había hombres, mi tía no estaba, yo me lo quité de encima, y le tiré la leche hirviendo, como bien decía mi abuela. Agarré a mi hija, mis trapos y me fui. Pensé: hoy me van a meter presa estos hombres, ¿para dónde agarro? Yo había conocido a una muchacha, salí a buscarla y le cuento, entonces ella me llevó para su casa, en esa casa hacían tortillas para vender y yo les

ayudaba, pero la mamá era incómoda, me decía que cuándo me iba a ir, que por qué no buscaba trabajo, pero es que no hallaba.

Un día en el súper mercado me encontré con otra tía que se acababa de venir de Marcala, se había casado con un agrónomo. Me encuentra y me dice: *Martita, ¿qué hace aquí?* Le digo lo que me pasó, le cuento todo. *Se debería ir conmigo mejor*, me dice. Yo, otra vez, buscando la familia, me voy con ella; ¡ay no! estoy con ella un tiempo, iba a tener su niño, cuando nació el niño con labio leporino yo lo cuidaba, ella quedó un poco mal del parto, yo lo alimentaba con gotitas al niño, con gran cuidado, pero a mí lo bailadora no me lo quitaba, así que me iba al Jardín Acuático, al Café Supremo. Era la navidad, ella me dice: *ahorita no la voy a dejar ir a bailar ni salir porque usted me tiene que ayudar con el niño*; pues no salí ni el 31 de diciembre porque yo la apoyaba, ya el seis de enero pensé, ya es demasiado que esté encerrada aquí, y me fui con mi cipota a bailar toda la tarde, pero ella quedó enojada. Llegué como a las siete

de la noche, habían visitas en la casa, y desde que entré me dice: *Agarre sus cosas y se va*. Don Luis, el marido, le dijo que qué pasaba, pero le contesta *no te metas*; el señor, preocupado, me dijo *¿dónde se va a ir?* A algún lado, le contesté, yo he sido aventada para vivir. Pero eso sí, le dije, *págueme lo que me debe, porque eso sí, así como me echan me pagan*. Don Luis me dio como cien lempiras y me fui.

En ese Río de Piedras donde ellos vivían, habían unas piedras grandotas, la abuela mía siempre me enseñó que cuando una tiene hijos tiene que andar un nailon, una cobija y una toalla grande, porque cuando le agarra el aguacero tiene con que tapar el chigüín, pues siempre las he andado, ahí en esas piedras del río puse el nailon, me tapé con la toalla y le puse la cobija a la cipota y ahí me quedé. Enfrente de donde hice mi refugio vivía un coronel, ahí estaban los guardias de él que me estaban viendo y le dijeron al hombre lo que pasaba, llegó el coronel y me preguntó qué pasaba. Le dije que me habían echado, y

entonces me dijo: *te voy a dar donde dormir en un cuarto, aquí no te puedes quedar con esa criatura*, y así fue. Me levanté temprano el día después, barrí el patio y le dije al guardia: *ya me voy, quisiera agradecerle al señor, pero ya me voy, me da pena*; y me salí a la calle. No sé cómo, pero pasó una señora, yo andaba mi valijita y me dice: *Ando buscando una muchacha que quiera trabajar con mi hija, pero es enfermera y paga poquito*. *No importa*, le digo, *pero tengo una niña*. *Eso no importa*, me dice; pues me fui con la enfermera, trabajaba en la clínica Bendaña y me pagaba poco, ocho lempiras el mes, pero me conseguía leche para la niña y vitaminas. Ahí pasaba, me llevaba bien con ella, estuve un año, luego me dice que se va a casar y su esposo la va a llevar. *Nos vamos, pero le voy a buscar un trabajo*, me dice, *pero en ese trabajo usted tiene que tener donde dormir porque es una fabriquita*.

CUESTA, LA VIDA CUESTA

Sólo fue salir de la casa de mis abuelos y todo tuve que ganármelo con trabajo físico duro, mal pagado casi todo el tiempo. La mayor parte del tiempo lo que he hecho es trabajo doméstico, empleada en casas, o por cuenta propia lavando y planchando, pero el mismo trabajo de las mujeres que hacemos sea que nos paguen o que no nos paguen nada.

La fabriquita donde trabajé por primera vez en algo diferente era clandestina, hacían polvos para la cara, cosméticos, ahí en el barrio Suyapa, y yo estaba feliz, ganaba treinta lempiras a la semana, empacaba perfumes, ahí era obrera. La mamá de una amiga me cuidaba la niña y yo le pagaba, estuve seis meses. Un día pasan unos señores, y a la primera que encuentran es a mí, me preguntan que qué hago y hace cuánto tiempo estoy ahí, y me dicen: *¿tiene seguro social? ¿Qué es eso?*. No sabía. Me preguntan cuántos trabajamos ahí, éramos como doce, me explican que tenía derecho al seguro, porque con más de cinco

empleados tenemos que tener seguro social, me hablan de derechos. *Ah no, les digo, aquí no tenemos nada de eso.* Me despidieron.

Otro tiempo trabajé en una lechería, eran unos peruanos los dueños, vendía licuados, raspados y como era coqueta se me llenaba de hombres, yo les vendía mucho. Estaban alegres los dueños y me llevaban almuerzo y cena, para que no me atrasara, trabajaba montón. Ahí empiezo a conocer zapateros, y empiezo a conocer al Pedro y la mamá de él, que era sufrida porque vivía mucha violencia. Me fui encariñando de ella, me querían a Elma, ella la cuidaba y ahí me la tenían bien bañadita, bien cambiadita, me fui quedando cerca de ella. Me decía la señora, *me gustaría tener una nuera así*, y me enamoro del Pedro. No me enamoré mucho, pero tenía la necesidad de una familia, y ella me quería mucho, doña Francisca además era bien pijinera, íbamos a bailar con ella. Yo me sentía sola, pero ya no buscaba a mi familia, sino a gente que me tratara bien. Había ahí un grupo de zapateros que

eran comunistas, esos repartían periódicos y me contaban lo que hacían, sus reuniones y todo eso. A mí me gustaba platicar con los zapateros porque decían que un día los pobres íbamos a salir de la pobreza, que iba a haber una revolución y me encantaba la plática, me metí mucho en esas pláticas. Así me fui quedando con Pedro y con Pedro empecé a sufrir la miseria, lo que nunca había sufrido porque conocía la pobreza, pero no la miseria. Salí embarazada de Meme, la mamá siempre mantuvo a Pedro entonces yo siempre estaba arrimada, él no salía de la casa de su mamá.

A mí me gustaba vivir en la costa, en San Pedro, pero pensaba en la casa del profesor donde me trataban tan bien, pero no quería volver para no dar mi brazo a torcer. Así embarazada y viendo esa situación en la que estaba me fui a pedir ayuda a un tío que era respetable. Me dijo: *te voy a llevar a La Ceiba*, pero mi suegra me buscó, le dijeron donde estaba, Pedro era menor que yo y era irresponsable. La mamá me buscó y

me dijo que ella quería conocer a su nieto, era muy cariñosa y volví con ella, pero ahí empecé a rodar, él solo me preñaba y se iba, vivía arrimada y yo me decía, *no puede ser esta situación*.

Yo debía un montón de meses de casa. Pedro se iba y me dejaba, yo trataba de pagar mi cuarto lavando ropa, le lavaba y planchaba a la dueña, pero todo era muy barato. Yo pagaba 25 lempiras el cuarto y una docena de ropa era un lempira, pues nunca le alcanzaba a pagar, me iba enjaranando. Un día los zapateros me contaron que iban a recuperar tierra en la Seis de mayo; nos invitaron, fuimos a la sesión y yo encantada. Dije *qué barbaridad de tierra*. Y me dicen *Marta, pero aquí hay que venirse, no es solo de venir a ver, si usted se viene primero le va a costar menos, la que llega primero ni tiene que pagar*. Me dije, *yo me voy, pero cómo si no tengo nada. No se preocupe, nosotros le armamos una casita*. De los palos de ahí sacaron cuatro ganchos y cuatro láminas quién sabe de dónde y me la pusieron, sin paredes ni nada, había zancudos a montones,

tenía una cipota, un cipote y estaba embarazada. Entonces yo tenía como 26 años. Otra señora me dijo *yo tengo necesidad. Vámonos*, le dije y ellos mismos le hicieron una galerita. Nadie vivía ahí. *¿Y el agua?* dije yo. Pues hay un río. Mire, le digo, habiendo agua no hay problema para vivir, vengámonos. Entonces la señora me dice: *si usted me da valor, yo me vengo. Ah*, le dije, *no se preocupe que yo tengo valor*. Los zapateros hacían reuniones y hablaban sobre la situación del país y daba esperanza lo que decían, ahí llegaba el padre Guadalupe y es donde yo lo conozco, mi vida vuelve a girar.

Había un basural cerca, era basura de una fábrica de muebles, tiraban pedazos grandes de cuerina y con eso íbamos forrando la champita, y poniendo más palos. Me habían regalado una cuna, ahí dormía Elma que era la mayor, tapada con un nailon, a la intemperie. Ahí habían culebras, arañas, los cipotes decían *mama, vimos una culebra. Sí*, les decía, *las culebras nos andan cuidando*. Y yo me sentía feliz porque como

nadie me andaba cobrando ni molestando y doña Paca, mi suegra, me llevaba arrocito, me sentía libre que es lo que más felicidad me daba. Después llegó otra gente, con otras champas de cartón. En el mismo basural recogíamos botes y vendíamos al hospital unos botes de gerber, yo era pepenadora de basura. Hasta juguetes nos hallábamos. Siempre tenía mis clientas para lavar, iba a traer la ropa y lavaba en ese otro río. Nos habíamos aliado con doña Juanita, porque ella conseguía cosas, me llevaba, yo igual, y así. Sólo nosotras dos vivíamos. Yo dormía en unas tablas que me regalaron los zapateros, de madera de orilla, con un colchoncito encima de unos bloques. Ahí dormíamos. Doña Paca me consiguió un mosquitero. Y una vez pongo un plagatox en medio del mosquitero porque había mucho zancudo, cae la brasita del plagatox en el colchón y decían los cipotes *qué caliente está aquí mama*, y entonces sentí el calor. El colchón era de pochote, se hizo una brasa y se quemó, pero no nos quemamos nosotros, estaba todo oscuro, pero pude ver y quitar a los cipotes.

En esas noches sólo veíamos las estrellas, era lindísimo ver aquel cielo inmenso. Cuando llovía nos tapábamos con nailon.

En esa tierra empezamos a sembrar cosas. Los zapateros llevaban la gente, pero no vivían ahí, creo que ellos sólo andaban organizándonos, eran salvadoreños. Eso fue el año 1972. Llegó un señor que se llamaba don Pedro que cultivaba de todo, verduras sobre todo, y salía a vender café y azúcar. Él se hizo amigo mío y me llevaba cosas, en parte para que yo le cocinara. Me tomó cariño como si fuera su hija, me decía Martita, *acá hay un huesito y una yuca para hacer sopita*. Era el que me mantenía, después tenía una vaca y me llevaba leche. Mi marido llegaba los domingos y después se iba, sólo iba de visita.

Ya estando ahí es que el padre Guadalupe llegaba a reunirse con otros; llegaba caminando, se reunía y platicaba sobre cuestiones de la organización, actividades para mejorar la situación de todos. Habían hecho una champa para la reunión, y ahí estaba una pizarrita; como yo era metida decían:

Marta que escriba los puntos y yo escribía. Nunca recuerdo que dijeron de pagar algo en la recuperación, nunca pagué nada. Proponían cosas como tener un bus y poner bomba del agua. A la reunión llegaba más gente y todos aportaban para el agua, el sueño era tener un bus para poder entrar y salir de ahí en transporte. El padre Guadalupe me miró y como veía que escribía y era lista me decía: vos cipota, ¿cuántos hijos tenés? Dos y éste que voy a tener, era Danilo. Quiero que te alistes porque te voy a llevar a El Progreso a sacar un curso. ¿Y qué es eso?, le pregunté. Ya vas a ver qué es, a ver si te gusta. No, pero yo no puedo, yo tengo estos niños no los puedo dejar. Eso ya lo vamos a arreglar, me dijo y se fue a hablar con Juanita, la vecina. Ella dijo que los cuidaba y él llevó provisión a Juanita y a mí, leche y todo. Vos te vas a ir conmigo una semana. No, una semana no, le digo. Sí, me dijo, vos podés. Así me lo decía, bien fuerte me lo decía, y entonces dije: vaya pues. Yo sabía que podía hacerlo. Y me fui una semana. Allá me decía, no te preocupés por los cipotes, yo voy todos los días a verlos, pero era mentira.

Desde entonces me dieron talleres para alfabetizar. Me acuerdo que fui a un centro y nos enseñaron el método de Paulo Freire. El Padre un día me dice: *ya no vas a vivir aquí en la Seis de mayo, te vas a ir a la López. No*, le dije, *a mí no me gusta la López, mucho chagüite. Pero no importa porque ya empezó la etapa de las casas, y ya van a arreglar*, me dijo. Y en ese momento se viene el huracán Fifí y nos inundamos. Fue cuando me vine para San Pedro porque salimos de la inundación. Siempre quedé en contacto con el Padre. Yo le hacía caso no sé porqué, él tenía una forma de platicar bien bonita, se ponía a contarme historias de que los pobres éramos solidarios, pero que nos enseñaron a ser egoístas y que cuando nos hermanábamos cambiaba todo. Era todo un cuento: *Un día tenemos que salir de esta pobreza, tenemos que luchar por lo nuestro, estas tierras son nuestras, nos las han arrebatado, hay que cuidarlas y cuidar los ríos porque nos los están arrebatando y nos vamos a enfermar si no cuidamos todo*. Me concientizaba bien bonito, a mí me fascinaba hablar con él. *Mirá, mejor te vas*

a la López, pero no vas sólo a vivir por vivir, a la vida no se viene sólo a vivir por vivir, Marta. Sí, yo sé, le dije, donde ande tengo que trabajar. Sí, vas a trabajar, pero también vas a construir cosas porque a la vida se viene a construir cosas con otra gente. Qué querrá decir el padre, pensaba yo, y no había descubierto que yo pensaba lo mismo, a la vida no se viene sólo a vivir sino a construir con otra gente, y es lo que hacía desde niña. Bueno, me dice, mirá, como ya aprendiste a alfabetizar, vas a seguir preparándote, pero tu misión es irte a la López, buscar una casa y abrir una escuela nocturna. Puchica, le dije, usted me pone a hacer cosas difíciles ¿cómo lo voy a hacer? No sé, me dijo, vos tenés creatividad, sos inteligente, tenés dones y tenés que descubrirlos y esa es tu misión. Yo me quedaba pensando, por qué el padre me dice esas cosas. Y nunca le conté a nadie, ni a Pedro le contaba nada de eso. Bueno, dije yo, para la López, pues. Después del Fifí hubo montón de temblores y la gente dejó las casas de la López, eran como cuarenta casas, donde estaba la mía, era la primera etapa de la

lotificación. Pero ahí no me gustaba, yo estuve en la primera recuperación de la colonia López, pero no me gustó, había una charquería, un montón de árboles de coyol que no me gustaban. *Ajá, le digo a Guadalupe, y cómo voy a tener casa yo, usted me dice que me vaya y cómo si no tengo pisto para la casa. Le vamos a hacer un préstamo, me dice. Ay no, yo deber pisto no, eso no me gusta. Pues usted me lo va a pagar, váyase y mire como lo va a hacer, pero me lo paga.* Ahí estaban las casas vacías, y la de la esquina, que es la mía, le gustaba a la gente. Ya había un montón de gente que la había comprado, yo fui la última que la compró. La encontré y costaba cincuenta lempiras el derecho, le habían aumentado. *Yo le voy a prestar 30 lempiras, me dijo, pero usted consigue los otros veinte.* Yo le seguía la carreta, y al padrastro de Pedro le dije: *¿cree que usted me puede prestar 20 lempiras?, yo se los voy a pagar,* porque él andaba embarcado y tenía dinerito, *quiero comprar una casa aquí. Sí, me dice.* Entonces compré el derecho de la casa. El Padre me dijo que pidiera recibo, que no comprara de

palabra, y me dice el vendedor que no da recibo, entonces le digo, *un padre me dio este pisto y si no me da recibo entonces lo van a meter preso a usted.* Me contestó que alistara los papeles de mis hijos, ya tenía cuatro, y fuera al INVA, y que ahí me iban a dar un documento. Había una trabajadora social buenísima, luchó para que las casas fueran a nombre de las mujeres, pero no le paraban bola. Me fui con ella y ya me dieron mi documento. Pedro ni sabía que tenía esa casa, a él no le importaba y yo pensaba que era demasiado con ese hombre. El padre Guadalupe nunca me dijo nada de eso, yo le contaba todo, pero no me decía nada de eso de mi marido o la familia. Después entendí que para él estos problemas no eran los importantes, eran problemas “de mujeres” y esos no eran los problemas de la revolución.

La vida del trabajo de las mujeres pobres siempre es dura, pesada. Ahí en la López ya hay un momento que son nueve hijos los que tenía que mantener, el papá nunca fue responsable. Yo tenía

que hacer cosas, medio comía, a veces trabajaba de doméstica y no comía, porque me daban el plato de comida y se los llevaba a los cipotes o comía menos; tuve mucha anemia. ¿Qué era lo que no hacía? Vendía tortillas, pastelitos; con los mismos cipotes vendíamos sal, plátanos, limones: era una búsqueda de la sobrevivencia porque costaba conseguir el dinero, aunque la canasta básica era barata, pero para hacerme dos lempiras tenía que trabajar mucho, lavar y planchar una docena de ropa y es un trabajo bien pesado. Venir del río, ponerme a planchar, volver al río. Eso era de todos los días. Una amiga tenía un contrato de lavar uniformes del batallón, a mí no me gustaba lavarles a ellos, ¡pero la necesidad!... Era como una maquilita ahí en el río, la señora compartía los sacos de ropa, los iban a dejar en un camión de esos verdes, ya ella le daba un saco y cada quien tenía su piedra en el río, éramos montones de lavanderas. Yo lavaba también de gente de la colonia, llevaba ropa mía, de la demás gente, llegaba al río a las cinco de la mañana y volvía a las cinco de la tarde. Había un señor

que nos tenía lastima, y metía el bus al río para traernos aquel saquerío. Eso era todos los días, si el río Choloma hablara contaría las historias de nosotras, las lavanderas, las trabajadoras. Éramos como quince mujeres, no había otras fuentes de trabajo y yo no podía conseguir porque estaba fichada por comunista desde una vez que me agarraron pegando un afiche. Y qué más podía hacer: ir al río a lavar o trabajar de doméstica. Iba al río y volvía a planchar a la casa, con plancha de carbón porque no había luz; luego pusieron la luz, pero no tenía pisto para la plancha. Yo lavaba metida en el río; había armado mi piedra debajo del puente para protegerme un poco del sol, pero aún así parecíamos garrobos todas bajo aquel sol de la costa, negritas todas de lavar ropa. Pasé años en esa rutina. Después mermé, dejé de lavar la ropa de los chafas, me caía mal lavarles a ellos, me comprometí con el comedor infantil y venía al comedor, pero antes de irme teníamos que jalar el agua para la leche de los niños. Ahí me sentía mejor porque había comida para mis niños, por eso dejé lo del batallón, me caía

mal lavar ropa de chafa. En el río a mí me daba fiebre, tenía 35 años de edad y ahí caía a veces desmayada; me levantaban las compañeras, me ayudaban a terminar de lavar, había otras como yo enfermas. Me daban comida, porque a veces no tenía tortillas, es que era miseria lo que vivía, no era pobreza. Me decían los cipotes cuando venía la navidad: *¿mama, va a comprar estrenos?* Yo compraba pedazos de tela porque estaba de moda la quiana y les hacía pantalones, a Elma le hacía las falditas, y ellos estrenaban. Había navidades en las que Pedro no estaba, la pasábamos solas, doña Paca nos llevaba un pedacito de pollo con pan blanco, o un fresquito. Miren mujeres, la miseria es triste, es lo peor; la miseria no deja a las mujeres ver más allá de ese día: ahí una entra en crisis de vida y no puede levantar la cabeza.

Nacimiento de mis hijas

La luna se vistió de rojo

Para evitar el mal de ojo

Las estrellas cuchicheaban gozosas

Comentaban qué hermosas

El sol brillaba lleno de alegría

Calentándolas con sus rayos día a día

El viento soplabla suavemente

Sus bellos cuerpos

Y la lluvia las bañaba tiernamente



LUCHAS COMUNITARIAS

Cobijada con doña Paca, mi suegra, empecé a hacer cosas como vender pastelitos en la calle y a seguir con el plan de la escuela nocturna que era un proyecto distinto porque yo no había hecho estas cosas antes, me daba miedito, pero siempre he sido una mujer aventada. En la colonia había una profesora que se llamaba Magdalena, una mujer bien inteligente, entonces le dije: *Profe, ¿Por qué no abrimos una escuela?* Ella era enfermera, pero le gustaba dar clases. Ella después se hizo maestra y me dijo que me metiera a estudiar con ella, pero no le hice caso, ella sí se hizo maestra. *Abramos la escuela*, dijo y con el calorcito de ella abrimos primero y segundo grado, de noche. No nos prestaron la escuela de la comunidad, yo estaba enojada, le conté al padre Guadalupe que bien tranquilo sólo me contestó: *pues no importa, busquen un poste que tenga luz, para que miren bien y ahí se ponen debajo.*

Nosotras nos pusimos a ver dónde ubicarnos y pensé: *si hacemos una champita cerca de la*

*escuela tal vez los profesores un día nos la prestan; así hicimos, como diez alumnos teníamos al principio, ya con los alumnos fuimos exigiendo que nos prestaran la escuela. Nos dejaron entrar al fin, pero no a las aulas, sino que pusimos la champa adentro. Había un director bien cerrado, *No, decía, me van a arruinar la escuela*, pero al fin nos abrieron y llegó un programa para alfabetizar. Era un programa de la iglesia católica de donde nos llevaban tiza, unas cartillas. Ellos abrieron el programa, el padre perteneció a las Escuelas Radiofónicas y nos llevaba otros materiales, el gobierno nos daba 20 lempiras por un acuerdo que habían hecho para pagarnos, eso era bueno para mí, aunque ese pisto nunca me alcanzaba. A la escuela llegaban adultos, mujeres y hombres, pero muchos jóvenes también, de ahí se nos unió otro muchacho, Dimas, que hoy trabaja en el colegio. Se abrió tercer grado. Estuve nueve años trabajando en la nocturna, la profe me decían; me retiré de la nocturna porque me metí a abrir el comedor infantil en la comunidad.*

Ya en ese tiempo empezaron a salir grupos políticos clandestinos, el padre andaba en esos movimientos, él se fue, no lo volví a ver. A mí no me metió en su grupo. El padre a mí me explicó cosas más revolucionarias, pero él no reclutaba a la gente así, a mí me puso a trabajar para que la gente entendiera y luchara, pero con la alfabetización. Después prohibieron esas cartillas de alfabetización por subversivas, me las quitaron.

Yo tomé más conciencia con los zapateros a los que oía hablar de la lucha popular, eran comunistas, hablaban de revolución. El padre decía que teníamos que levantarnos y hacer una revolución, pero no de boca, sino que con acciones y a veces con armas. Decía él que teníamos que formarnos, aprender a leer y escribir primero. A mí me da esa misión. Había varias compañeras en organizaciones clandestinas. En la López, llegó mucha gente dirigente campesina y sindical, creo que fue un experimento político porque mucha gente estaba organizada viviendo

en la colonia y empezaron las luchas por tener las cuestiones básicas, eran luchas fuertes porque todos caminábamos por las mismas líneas de la justicia para el pueblo. Estábamos organizados y fuimos organizando a la gente de la comunidad, porque para hacer las famosas tomas de la carretera se concientizaba a la gente.

No era fácil la lucha contra el ejército, las tomas de carreteras no eran a lo loco, las mujeres conseguíamos los lazos para detener los carros. La primera toma fue una lección, nos fuimos así sin estar preparadas; siempre con los hombres adelante, pero las mujeres éramos las de las estrategias. Era una toma por el agua, como siempre llegaron los militares. En ese tiempo apoyábamos a los sindicatos, nosotros de la López íbamos a apoyar la lucha de los sindicalistas donde la hicieran. Era una lucha mixta, lucha popular, sindical, de mujeres y hombres porque no había grupo de puras mujeres, había mucha conciencia de clase, nos llamaba el STENEE y ahí íbamos; llamaba el STIBYS y nos íbamos.

Ellos también venían a nuestras tomas. Era una lucha combinada, había articulación, creo que ya existía el bloque popular. Después se hizo un frente morazanista. Por ese tiempo matan a Pavón, a Landaverde. Son las épocas de las revoluciones en Nicaragua, en El Salvador; era un tiempo de mucha agitación y represión.

Una vez hubo una toma en Santa Ana, arriba de la colonia residencial Bella Vista. Fuimos a una recuperación y nos mandaron al ejército, era cerca de la represa y los ricos de ese barrio decían que les ensuciábamos el agua, nosotros la chusma. Ahí estuvo doña Paca conmigo, pero de ahí fuimos a la López cuando ya había patronatos, en ese entonces el padre me dijo que me metiera al club de amas de casa, pero eran pocas mujeres y sólo era para beneficio de ellas. Había una promotora que se llamaba Argentina Aparicio, y me dijo: *El club de amas de casa no es sólo para que estén estas doñas, tenemos que organizarlo para sacarlo y que sirva a la comunidad, para toda la infancia.* Dijo que

ella nos iba a dar capacitación. *Vamos a hacer una junta directiva para darle vuelta a esto,* me dice. Para la primera reunión queda mi suegra como presidenta, porque era muy activa. Yo al principio estaba sólo con la escuela nocturna y luego me metí al club. Nos organizamos y como éramos las que nos tomábamos las carreteras, pues claro que éramos mujeres con otra visión. Nos organizamos y decidimos que el club se iba a proyectar a la comunidad. Vamos a apoyar al patronato y que nos apoyen, pensamos todas. Así fue. Ahí teníamos claro que lo que hacíamos era para el bien común, no para beneficio personal, y eso lo sigo creyendo en mi trabajo con las mujeres.

Solicitamos un terreno para el comedor infantil, fuimos a la Junta Nacional de Bienestar Social y nos ofrecieron alimentos para niños; era el tiempo de doña Carlota de Paz García, estando ella fue que nos abrieron el comedor. Ella dijo que nos iba a visitar. Como nosotras jalábamos el agua para el comedor, un día que veníamos con

el agua, ella llegó, nos preguntó: *¿ustedes fueron las que mandaron la solicitud a la Junta? Sí, le dijimos, ¿Y usted quién es?* Era la primera dama. Entonces dijo: *les vamos a mandar una estufa, platos, mesones, ollas grandes, me gusta cómo trabajan ustedes.* La López para ese tiempo ya era la López y se sabía de su historia de lucha y se le respetaba.

Recuerdo que la primera agua que tomamos la traíamos de cerca de Choloma, donde había un pozo y un tanque, pero cuando uno se la tomaba daba un gran dolor de estómago. Yo siempre he tenido cuidado con el agua para mi familia, me fijaba que los niños se iban poniendo amarillos, les daba una diarrea terrible y se murieron bastantes. La profesora que era enfermera fue la que abrió un botiquín comunitario y fue a pedir un medicamento al centro de salud para atender la gente. Entonces viendo que se morían tantos niños, bien feo, ella misma llevó a que examinaran el agua y estaba llena de camotillo. Le dijeron que se estaban envenenando, cómo

no iban a haber muertos... Sellaron el tanque. Quedamos sin el tanque de agua. Ese fue el primer gran problema. Las mujeres exigimos la solución a ese problema, nos íbamos a tomar el INVA, era don Darío Perdomo el presidente del patronato. Cuando dieron las casas, en el INVA decían que íbamos a tener agua potable y luz, entonces empezamos a presionar, pero nos dijeron que era la municipalidad la que tenía que resolver. Y va de tomarnos la carretera, sólo nos iban a dejar agua en pipas, pero no resolvían el problema. Así a pura presión, puchica es que todo cuesta tanto aquí, para la gente pobre todo es así un gran trabajo, fuimos con el alcalde y patronato se fue una comisión a Tegucigalpa y se consiguió un fondo para una bomba, para abrir unos pozos y poner la bomba. Se mandó a buscar un pozo y se hizo cerca de un río, ahí eran choquetes de agua. Era el pozo de la López porque todos pusimos para los tubos. Cuando se arruinaba la bomba, se hacían grandes asambleas porque había que dar pisto para comprar las piezas; para repararla no se pagaba porque los hombres de la comunidad

reparaban. Nos decían a las mujeres: *organícense las mujeres que vamos a arreglar la bomba*. Ahí íbamos con masa para hacer pastelitos, baleadas y toda la noche los hombres trabajando y nosotras con ellos. Siempre se arruinaba y ahí íbamos a darles de comer. Nosotras éramos felices con eso, los hombres eran solidarios con nosotras o por lo menos eso pensábamos, aunque las cosas cambiaron mucho, después, cuando las mujeres decidimos hacer otras luchas y organizarnos de otras maneras, ya sin ellos.

Después entró Manuel Vallecillo al patronato y cambió toda la política del patronato. Antes del accidente él era un muchacho alto, flaco, era el disc jockey del patronato, teníamos un equipo de sonido para las fiestas y él ponía la música. Entre todos compramos el equipo de música. Ahí en las fiestas hacíamos comida para juntar fondos para la casa comunal que primero fue de tabla, después fue de bloque. Ya Vallecillo subió de vocal a tesorero y solo había una mujer en ese patronato que era Zoila Lagos, como

secretaria, claro; el resto eran todos hombres. Vallecillo empezó a organizarnos por sectores, se empezaron a vender carnets del patronato para llevar un listado de habitantes. En la López eran 720 casas las que había, pero teníamos un censo de todos. Nos conocíamos y todos sabíamos donde vivíamos. Quien se fuera de la colonia tenía que reportarse. En ese momento estaba en lo más caliente el proceso revolucionario de Nicaragua y Vallecillo estaba organizado, con simpatía a la revolución. Y sucedió el accidente.

Manuel Vallecillo estaba negociando un contrato colectivo con la empresa de electricidad porque su papá murió quemado y otro muchacho quedó inválido. Entonces él planteó la necesidad de un seguro para los que quedaran inválidos o para la familia de los que mueren por accidentes de trabajo. La empresa no quería, pero estuvieron luchando para que al menos se les comprara carros, y esas cosas para sobrevivir en casos graves. En esa negociación, ya estaba Guerra de presidente del Stenee y lograron que se aprobara.

Manuel era vicepresidente del sindicato y era muy beligerante. Pues la cosa fue que los mandaron a los dos a San Manuel para reparar unas líneas de alta tensión y les dejaron ir una descarga, casi los matan. Manuel quedó electrocutado, pero no se murió, lo internan en CEMESA y la empresa pagaba todo, pero se estaba engusanando. La hermana de Manuel es del ejército y un día llegó a verlo a la clínica. Le dijo: *por andar en esas mierdas de izquierda mirá cómo estás*, y al mirarlo descubrió que tenía gusanos. Esa hermana salió a decir que teníamos que hacer algo porque ella no podía hacer nada. Fue cuando Gladys Lanza dijo: *tomemos las calles, para sacar a Manuel del país*. Fuimos a agitar a la López para tomarnos las carreteras, así nos unimos y dieron permiso para sacarlo del hospital y llevarlo fuera del país. Allá en la López nos organizamos pasaje por pasaje, fuimos nosotras las mujeres, yo era la que parlanteaba en la colonia, en las asambleas, tomas, uniendo a la gente, para que sacáramos a Manuel y lo salvaran. Los doctores dijeron: *saquen esta gente de aquí, la chusma nos va a*

destruir el hospital. Estuvo dos meses y medio en coma, en Boston. El sindicato consiguió llevarlo por la movilización nuestra. Cuando vino fue un gran recibimiento, cómo éramos de solidarios en ese tiempo. Ahora con lo de Berta, por ejemplo, no se ha podido hacer más, no hay fuerza para luchar por la compañera, es un tiempo más difícil, menos solidario.

Mientras pasaba todo esto es cuando conozco a Daniela, le presento a Manuel, a Solano, eso ya era como el año 89. En esa época también estaba el padre Raymond, que murió en Guatemala. Toda esa gente me marca. El padre nos organiza, a él le dieron una herencia, y nos dijo: *no quiero ver estos niños jugando en los atolladeros de lodo, voy a comprar cemento y arena, ustedes ponen la mano de obra, vamos a arreglar todos los pasajes*. Ahí nos organizamos, las mujeres vendiendo cosas otra vez, comida como siempre, y empezamos a trabajar, cada quien haciendo su pasaje como lo quería, unos empedrados, otras con dibujos, luego poniéndole nombre según

quisieran. El mío, como digo yo, se llama Salomé Raymond, que es el nombre de la mamá del padre; de ahí cada quien le puso el nombre que quiso.

Habían unos pícaros que trabajaban con la posta policial y se estaban robando el cemento de esa obra, el padre fue y le dijo a uno de ellos: *vos me estás robando cemento, andá tráemelo*. Esos eran sapos de los chafas. Cuando el padre hacía las misas hablaba de los derechos humanos y nos propuso hacer un calendario de los mártires populares para que el pueblo supiera quiénes eran, la historia del movimiento y porqué habían muerto. Esos sapos dijeron que el padre era comunista, el día de la presentación del calendario cuando estaba llena la iglesia lo fueron a capturar. Yo no iba a la iglesia, me estaba bañando y me dicen: *Marta, se llevaron los del DIN al padre*, y me salgo corriendo. Me voy hasta sin calzón a San Pedro a decirle a Manuel y al sindicato que se lo habían llevado. Y me dice Manuel *hay que movilizar a la gente porque van a*

desaparecer al padre, hay que exigirlo, y entonces meneémonos, vaya para la López, movilice a la gente y nosotros vamos a ir a la iglesia a hablar con los otros padres. Pues fuimos a sacar a la gente del colegio, anunciamos lo que pasaba, estaba la gente del MEP, salieron los güirros y al ratito la toma de carretera exigiendo la libertad del padre, y que queríamos verlo. Fue una gran negociación en la iglesia, luego llegó ese obispo Garachana a decirnos que dejáramos la toma porque que ya habían soltado al padre, pero nosotros dijimos que lo queríamos en la comunidad, entonces dijo, *no lo podemos traer ahorita, está a cargo de nosotros cuidarlo*. Entonces todavía no habíamos aprendido a negociar, nos embobó el obispo y pensamos que cuidaban de su vida. Después volvimos a la toma porque no queríamos que se lo llevaran afuera. Ahí nos mandaron el ejército, nos golpearon, hubo muchos presos, fue un desorden.

También estuve en el partido Demócrata Cristiano, en la colonia Seis de mayo habían

unos compañeros que andaban trabajando por el partido, yo le consulté al padre que le parecía, entonces me dijo: *está bien, si vos querés*, pero no lo vi muy entusiasmado, llegaba otro cura que se llamaba Julián García, que era español, y nos reunía a todas las de los clubes de amas de casa que la iglesia manejaba. Se hizo una reunión, en el colegio Notre, hicieron una propuesta del trabajo para la Democracia Cristiana, ahí nos reuníamos los educadores, los alfabetizadores, porque dábamos un informe a la iglesia. De ahí surge que había que integrarse al partido porque lo apoyaba la iglesia, pues nos metimos al trabajo de la DC. En ese tiempo estaba Corrales Padilla, y ese Landaverde que me caía mal porque era mentirosísimo; el que mataron hace unos años. El partido tenía un discurso transformador, lo sentíamos revolucionario por eso nos gustaba y el discurso del doctor Corrales nada que ver con el hijo que ahora anda con los cachurecos, en ese momento el mismo Arrivillaga era diferente, bien progresista el hombre. Como el que estaba metido ahí decían que era de la izquierda,

entonces estábamos pagando afiches de la DC un día y me detuvo el DIN. Me agarraron en SPS, andaban otros compañeros, pero pegaron unas carreras y a mí me agarraron, me preguntaron cosas, pero les dije que no sabía nada, que sólo era del partido. No me sacaron nada, me dijeron que me fuera, pero me ficharon. Así que desde ahí no pude encontrar trabajo. Estuve detenida 24 horas, Efraín Arrivillaga me fue a sacar. Yo no entendía después por qué a mí me daban trabajo, pero rápido me sacaban; me pasó en tres oportunidades, y había una amiga que trabajaba en la policía, y ella me dijo: *Marta usted está fichada como comunista, entonces nadie le va a dar trabajo*.

Dentro de la DC aprendimos muchas cosas, se hacían los círculos de estudio, nos mandaba a hacer otras cosas con la gente y ahí en el partido es donde me va gustando meterme en las cosas del movimiento popular, ahí me despierta más el gusanito de la lucha por los pobres, andar en la calle. Eso es después de la Seis de mayo, ahí

germina el trabajo del padre Guadalupe. Nunca me quise meter como candidata a nada, y además no daban oportunidades a las mujeres, a una le gustaba porque era un partido supuestamente diferente, pero la verdad es que era lo mismo, una en ese momento no entendía, entendía que era de cambio, pero nada más. De ahí salió mucha gente, Rafael Alegría, por ejemplo; ahí conocí a Marvin Ponce, un montón de gente conocí. Empiezo a trabajar en el Registro, pero también estaba la revolución nicaragüense y colaboraba con ellos, ayudaba a salvadoreños. Era colaboradora de un grupo, pero me exigieron montón, un día me tocó ayudar a un muchacho salvadoreño herido, eran responsabilidades que teníamos que resolver porque a mí nunca me dieron dinero para darle comida, sino que a pura solidaridad, y como le decían a una que los pobres teníamos que vivir como los pobres que no estuviéramos pensando en tener camas matrimoniales, y debíamos dar todo por la lucha, involucraba a mis compañeras. Fueron aprendizajes que me enseñaron a trabajar con las mujeres, en el sentido de la solidaridad,

el acompañamiento. Todas esas cosas pasaron rápido, todo lo que hicimos, cuando nace la UD y todas nos metimos con la esperanza de que era un proyecto que nos iba a responder, todas emocionadas.

Marta, la de la López. Así aprendí, así desaprendí

Daniela

Desde este planeta

Amiga, quiero decirte

Nunca te olvidaré

Inmortal serás

En mis pensamientos

Los recuerdos tuyos

Albergaré siempre en mi corazón.



LAS MUJERES DE ESFUERZO Y HERMANDAD

Con todos esos movimientos aprendimos mucho, digamos que a hacer estrategias contra los gases porque nos mandaban a gasear seguido, las mujeres aprendimos a preparar esponjitas con vinagre, y otras cosas. Cuando voy con Daniela al primer encuentro feminista en Tegus, al Clementina Suárez, eso fue el año 90. Le digo: *así es que quiero yo, organizar a las mujeres, Eso es lo que quiero. Pues yo te apoyo, yo te ayudo.*

A Daniela la conocí por un taller de la CNTC. Me la presentaron diciendo que iba a capacitar a la gente de la organización. En esos tiempos ya andaba ahí René Muñoz queriendo organizar la OCH, entonces Solano que era campesino y poblador de la comunidad también era contacto de ella; René invitó a Daniela a dar unos talleres a campesinos que estaban formando la OCH, y llega a la López con Solano porque le fue a enseñar las tierras que tenían cultivadas en Bijao, y ella me dice, *vamos a ver las tierras cultivadas,*

y entonces fuimos, fui yo, fue Mena, fuimos tres mujeres que siempre andábamos juntas. Y ahí conocimos a Daniela, y ella dice *por qué a las mujeres no les dan un pedazo de tierra. Ah dicen los hombres, es que esas mujeres no se organizan*, y yo que no paraba en el club de amas de casa y en el comedor infantil, y todas las mujeres en las tomas, pero bueno, según ellos eso no era organización! ¡Pendejos!.

En ese tiempo además de lavar y planchar que estaba todo el tiempo me da la tuberculosis, me internan en el tórax, ahí estuve como un mes, y de ahí volví bien bonita y gordita y en eso me sacaron del club de amas de casa, porque decían que estaba enferma. Me dieron golpe de estado, pues las mujeres solidarias conmigo se retiraron todas, *si sacaron a Marta, pues ya nos vamos también*. Y de ahí me dicen, *Qué vamos a hacer*, pues como ya conocía la tierra, propuse que nos organizáramos en una cooperativa, *pongámosle un nombre, Esfuerzo y Hermandad*, y le dijimos a Daniela, *pues ya estamos organizadas y vamos*

para la tierra, ¡Ah, bueno! y ahí nos empezó a dar capacitación y me pegué con Daniela y ella conmigo. Ahí andábamos para arriba y para abajo, empezamos a sembrar, nos dieron una manzana de tierra y sembramos pipianes, chiles; había una mujer, Chavelita, buenísima, pues todos los días para allá en el tren a sembrar la tierra, pero mire que pícaros los hombres, dijeron ellos: *Bueno, estas mujeres como quieren estar aquí y quieren tierra, pues tienen que hacer aportes igual que todos, hay que aportar dinero para la semilla del plátano*. Empezamos nosotras a hacer actividades, a eso estábamos acostumbradas, y compraron la semilla del plátano, pues nosotras aportando el pisto. Éramos 14 mujeres, felices porque traíamos leña, fruta, todo del campo, y con los güirros íbamos, y ahí se bañaban en los quineles y de ahí tomábamos agua. Un día nos dice Nacho que hizo un pocito bien limpito y de ahí sacamos agua y cocinábamos para todos los hombres. La mujer de Nacho se fue a vivir ahí, y Chavelita que se fue a vivir con Julio, luego que se pegó el plátano, hicieron su champita.

Nos pusimos a deshojar, a comalear, haciendo hoyos y apoyando la finca, como ellos. Cuando ya está el plátano, que ya está la cosecha, ellos nos dijeron, *vamos a ver cuántas cargas salen, y a cómo está la venta*. Pues le digo a Solano, *Yo no veo que nos llaman a la reunión, sólo los veo a ustedes que se dicen que van a compartir, yo es porque oigo cuando hablan pero cómo está eso, compañero*. Yo le hablé así. Ellos nos contestaron, *den gracias de que las tenemos aquí y que cosechan su tomatillos, y ustedes compañía es lo que nos vienen a hacer, ustedes llevan su leñita y se divierten*. Ya hasta teníamos gallinas donde Miriam y le comprábamos huevos. Entonces les digo a las compañeras, *Miren compañeras, a mí me da mucha lástima, pero nos tenemos que ir, Solano dice que no tenemos nada que hacer aquí, ¿y no compramos semilla? ¿Y no trabajamos? Nos dieron unos plátanos, sólo eso. Puchica, qué barbaridad*. La verdad es que los hombres, los compañeros nos han hecho grosería a las mujeres.

Nos venimos, siempre quedamos con el grupo vendiendo comida, hacíamos sopa para vender siempre como grupo, y en eso le conté a Daniela lo que nos había hecho Solano y dice ella, bien enojada: *Qué barbaridad, Marta, ustedes qué quieren hacer, pues como todas decían que la venta de comida, y las maquilas que estaban en todo su auge. Pues queremos vender comida. Pues vamos a hacer un proyecto para eso, dice Daniela*. Ella ya es parte de CIADES, una ong, donde el director Iván me saca porque yo no tenía un título, yo trabajaba ahí de organizadora. Ahí también estaba el compañero Chang, que era un gran amigo mío, se sale de esa organización porque no aguantó esa discriminación, él vivió en la López, era mi vecino. A veces no tenían que comer, con otro compañero, y yo les daba guineos verdes, huevos picados, ahí los tuve en la casa. Ellos tenían un cuartito, pero se pasaban en la casa, entonces Chang me dice no puedo con eso, y se fue. Me echó Iván y cuando hicieron una evaluación sobre el proyecto yo lo denuncié, porque era grosero, jodido y machista.

Son aprendizajes duros, de las injusticias dentro de las organizaciones.

Yo siempre digo que al fin y al cabo de no haber tenido estos procesos hubiera sido una mujer por ser mujer, de todo esto he dicho que soy mariposa porque tengo metamorfosis, cambios y le doy gracias a Dios que en el camino encontré gente que me puso el gusanito, desde los zapateros, hasta Daniela. Como que se me iba poniendo la gente adecuada para realizar los compromisos. Desde niña tengo la inquietud, me molesta la injusticia, la miseria. Toda esa experiencia me da pautas para decir: *voy a trabajar para que mis hijos se preparen, si van a seguir en la lucha que tengan otros conocimientos*, decidí meterlos, prepararlos para la vida y el trabajo, otra cosa que dije, *nunca voy a regalar un hijo*. Una tía con la que me peleé una vez me visitó en la casa y me dice, te he buscado como aguja, me dijeron como vivís en miseria; y *qué, pues*, le dije, *Pues yo quisiera que me dieras uno o dos hijos, te los voy a criar, te los voy a poner en buenos colegios,*

te puedo ayudar a que pongas un negocio. Yo no tuve hijos para regalarlos, los tuve para tenerlos yo, si hubiera querido regalarlos ya lo hubiera hecho... Esa experiencia de que a mí me había regalado mi madre, me hizo fuerte para estar con mis hijos a pesar de todas las dificultades. Las mujeres en todos los frentes somos capaces de hacer muchas cosas, a veces ni lo creemos, pero mire que si una revisa su vida, se da cuenta.

La hermana que se fue

Amiga, compañera, eso fuiste para mí Daniela. Fuiste luz en mi horizonte, alumbrándome en la búsqueda de la unidad, del amor, de la ternura, de la sororidad. Día a día las mujeres estamos en esa construcción. Te fuiste, pero no te has detenido, formaste tu colectivo con otras que hoy te acompañan, como Margarita, Berta, Gladys, otras.

No crean, sentimos esa energía que con mucha fuerza nos mandan para seguir luchando ante este patriarcado que nos bota, pero nos levanta con poder y valor para gritar con más fuerza, no están todas, faltan las desaparecidas, y ustedes nos contestan, adelante, adelante, que la lucha es constante porque la revolución será feminista o no será.



MOMUCLAA y feminismo

Yo tuve un tiempo así que para mí, mi mamá no era mi mamá porque me había regalado, estuve como que le tenía resentimiento, mucho resentimiento. Yo pensaba, a mí me regalaron, nunca voy a regalar a mis hijos, porque sufrí violencia y maltrato por no estar con mi mamá. *No, aunque comamos frijolitos y tortilla con sal, pero los hijos tienen que estar con sus padres.* Por lo menos estuvieron conmigo que fui madre y padre. Mi abuela me decía: *esta india, es que tenía que ser hija de una india*, Mi tía Chela me defendía siempre, no le diga así, le reclamaba. Mi abuela era bien machista, creo que ella sufrió mucha violencia, a veces le contaba a las otras mujeres que a su mamá, su papá le pegaba tanto que un día le sacó un ojo, yo escuché esa historia que le estaba contando a una trabajadora, imagino que por eso ella era violenta. Las mujeres nos volvemos así cuando estamos a la defensiva, la vida maltrata mucho a las mujeres.

Mi mamá tuvo otro hijo, de mi papá. Yo soy la primera de las hijas, luego tuvo otro marido, otros hijos e hijas y de ahí salió embarazada, ella iba a cortar café a las fincas de mis abuelos, yo tengo un hermano de mi papá, pero yo es como que no tuviera hermanos y somos un montón. Empiezo a entender algunas cosas sobre la vida de las mujeres, las decisiones y esta cultura en la que vivimos porque encuentro las explicaciones, las encuentro en el feminismo.

A mí quien me empuja para el movimiento feminista es Daniela, la cooperativa Esfuerzo y Hermandad funcionó, pero habían muchos problemas con el dinero, la venta, y entonces después me puse a organizar a otras mujeres en el año 91, cuando empieza CDM, el CEMH, y otras organizaciones que ya se llaman feministas. Nosotras estuvimos entre las primeras promotoras legales que formaron, nos sacaban con mucha formación, era un curso de un año el que nos daban, nos enseñaron a leer los expedientes en los juzgados, muchas cosas que nos servían para

defender a otras mujeres. Como yo me capacité dije, *bueno pues que sirva para atender mujeres*. Abrí una oficina en la casa, hice un cuarto, donde está el taller de zapatería y decidí que ahí íbamos a ver mujeres que fueran golpeadas, era lo de la violencia que nos motivó a dar estos pasos. En el año 1992 nos constituimos como movimiento y nos llamamos Movimiento de Mujeres de la Colonia López y Aledaños, MOMUCLAA. Las ong's feministas querían que fuéramos parte de ellas, pero yo no quise, *nosotras solas* les dije a las compañeras *así como nos hemos organizado*. Nos juramentó Doris Mejía, que era del STENEE, y entonces el macho de Vallecillo, nuestro presidente del patronato nos cerró el centro comunal donde nos íbamos a constituir como movimiento y prohibió que nos abrieran, en ese entonces los patronatos juramentaban a las organizaciones de los barrios. Entonces dijimos que no necesitábamos que nos juramentaran ellos, y fuimos a hablar con Doris que era jefa de Vallecillo en el sindicato, así le dimos en el pico. Hicimos la juramentación, fue un acto bellissimo,

Llevamos teatro de La Fragua, unos cipotes que cantaban, lindísimo estuvo, y ahí teníamos a MOMUCLA. Se fundó el 15 de noviembre de 1992.

Primero pensábamos qué íbamos a hacer, entonces como en el encuentro oí hablar del feminismo, dije que íbamos a hacer un movimiento de mujeres feministas; algunas me dijeron, no digas así porque los hombres no nos van a dejar, porque las feministas son lesbianas, son bien putas, pero yo dije que sí, que no importaba porque si nos organizábamos como mujeres es porque éramos feministas, yo ahí cerrada con eso, y así se fue.

Yo casi no entendía lo que se hablaba en el encuentro Clementina Suarez porque yo andaba en otras cosas, esto del feminismo era como nuevecito, y vinieron unas mujeres de Costa Rica, algunas europeas que estaban más avanzadas en las reflexiones, decían algunas palabras que nunca había oído, cuando se habló de que el feminismo era para encontrarnos, que era para nosotras mujeres encontrarnos entre nosotras, y

que era un espacio donde no nos iban a atropellar los hombres, dije, *Qué bonito*. Creo que una tica o una mexicana en un taller empezaron hablando de cómo se nos atropellaba, de cómo éramos capaces de hacer cosas y que no nos reconocían nuestro trabajo. Habló de los espacios mixtos, de cómo se nos invisibilizaba y se nos utilizaba, y pensé *es cierto*, pensé en esos del patronato. *Si las mujeres somos las que hacemos las estrategias para las tomas, buscamos los lazos, las llantas, el vinagre, ellos solo van al frente, y cuando negocian ninguna de nosotras estamos, sólo haciendo los pastelitos*. Todo funcionaba así con ellos, el partido, la cooperativa y me entró aquello y empecé a preguntar a las mujeres que pensaban sobre estas ideas, ya que volví a la colonia. No les pareció, *No, Marta, me dijeron vos sos otra, no, ahí no te vamos a acompañar. Pero, por qué, imaginen que nosotras cuando llegan golpeadas yo las escucho y porque no vamos a tener una organización de sólo nosotras. Pero no, decían, ¿y si salen otras cosas? A saber qué se imaginaban*.

Entonces las mujeres poco oían hablar del feminismo y las que oían era como que fuera convertirse en otras mujeres, andar libre en la calle, pensaban en el libertinaje, y me decía, yo no convengo a estas mujeres, me sentía frustrada porque quería empezar un trabajo. Daniela me dijo, *Marta no corrás, hay que hacer unas capacitaciones, vamos a ver, a más de alguna le va a gustar*. Como ella se llevaba con Emma Sabonge, le pidió que nos diera unas capacitaciones de género. Primero nos decía que el feminismo era amor entre mujeres, de ahí hacia tallercitos de género y del trabajo doméstico, y cómo lo valoramos y lo valoraban los otros. A las mujeres eso les fue gustando, vieron el valor, y cómo los hombres no lo valoraban, fueron como cinco las mujeres. Llegó Zoila Lagos que se había ido al exterior, le dije en que andábamos, organizándonos como mujeres, recibiendo capacitación. *Meteme a mí, dice, y vamos a Tegucigalpa a un taller*. Éramos ocho, y de ahí les fue gustando, unas sí y otras no, pero como les gustaba andar conmigo iban.

Una vez nos invitan a un hotel de lujo. Dice Emma, *vamos a ir al lago de Yojoa, vamos a ir a Las Marías*. Como era hotel, sobraban mujeres. *Pues al menos unas treinta, dice, se les va a dar el transporte*. Se me llenó el bus, fuimos como 40, los talleres fueron bonitos. No se hablaba del patriarcado. Se hablaba de valorarnos y construir confianza entre nosotras. Las mujeres ya estaban más convencidas, *Está buena esta capacitación decían*. Los talleres avanzaron, se hablaba del cuerpo y así fui metiendo a las mujeres. De ahí dije: *ya recibimos capacitación y ahora hagamos la organización y demole viaje, invitemos a otras mujeres a la asamblea*. Éramos quince, y fuimos a invitar a otras, tuvimos un convivio, la junta directiva del grupo éramos nosotras, escogidas a dedo, no fue democrática, las mujeres sabían que éramos nosotras como las primeras y nos eligieron a nosotras. Ahí me eligen como coordinadora y a Zoila como sub coordinadora. Arranca MOMUCLA.

Tuvimos muchos tropiezos con los hombres en la comunidad, en el patronato, ya no íbamos

como antes que sólo nos llamaban y decían, hay que hacer esto, o aquello; ahora ya no, nosotras poníamos límites y veíamos cómo podíamos apoyar con nuestras condiciones. Y empezó la confrontación, Empezaron a decir que estábamos arruinando a las mujeres, que las estábamos volviendo libertinas, que les dábamos de chupar, que les enseñábamos a andar con otros hombres. Todo eso lo dijeron ellos. Un día me enfrenté con Manuel: *Cómo es eso que usted anda hablando de nosotras, cuando me ha visto a mí acostándome con otro hombre, bebiendo o llevándole hombres a otras mujeres o diciéndoles que vayan a acostarse con otros hombres. ¡péleme la cara y dígame! Como ya no somos su caballito, ahora nos andan jodiendo por otro lado.* Eran chismes que regaban para hacernos daños. Solo Vicente, el compañero de Mena nos decía, *no les pare bola, está bien que se organicen.* Nos hicieron a un lado, nos marginaron, pero no nos dejamos. Empezamos a crecer.

Para mí, MOMUCLA es como mi proyecto de vida, a raíz de esa cadena del maltrato de las

mujeres que vengo viendo toda mi vida me llevó a esto, a seguir la lucha. Es cierto que yo adulta no sufrí violencia física, pero sí económica, emocional, que era violencia. Muchas me decían, *a vos nunca te han pegado*, pero sufrí de otra forma. Al principio yo pensaba, no he sufrido violencia porque violencia era a las golpeadas que les pasaba. Un día tuvimos un taller, nos dividieron en grupos, decían, en este grupo las que han vivido violencia doméstica; había un grupo de literatura, otro de maltrato familiar. *Ah, dije yo, me voy a ir a ese de maltrato familiar por esos tíos que tenía*, pero dudaba de si tenía que estar en el de la violencia doméstica y ahí me fui. Empezaron los testimonios y me empezó a caer el *daimé* de lo que era violencia. Pensaba, *já, yo diciendo que no había sufrido violencia doméstica, y hasta la guaya estoy.*

Fui entendiendo muchas cosas, todo el proceso me ha servido para entender a otras que decían lo mismo porque no les pegaban. En la Casa Chamana que trabajamos desde las libertades, fue una gran escuela para nosotras, porque

ahí empezamos a trabajar desde la ternura y la creación, el arte, lo colectivo de las mujeres feministas. Ahí hicimos masajes, trabajo de autocuidado, que no le llamábamos así, y a veces platico con otras mujeres que vivimos ese proceso, y hablamos de cómo aprendimos en la Casa Chamana. Aprendimos a desahogarnos, a hablar de nosotras, desde nuestras emociones que son importantes, y que nos sirve para no vivir tan ahogadas como en otras organizaciones. Yo me fijo en otras organizaciones que viven tan estresadas porque nunca han puesto en práctica eso sólo lo dicen pero no lo hacen, y como no se desahogan, ni se descubren desde ellas mismas andan mal, peor que nosotras. Cómo nos sirvió ese proceso y sobre todo que lo aprendimos y que lo pusimos en práctica. Ahí está Dilcia que es tan buena en la espiritualidad, Marta Ordoñez con el trabajo de medicina natural y los masajes, que en eso trabaja. Yo creo en todo ese aprendizaje entre nosotras las mujeres, y sobre todo que nos quedamos poniéndolo en práctica, no fue que lo aprendimos y lo dejamos, sino que

lo asumimos para la vida, que es lo que muchas veces no es lo que hacemos, porque cuanto taller tomamos, ushhh. Al ponerlo en práctica veo que ha dado resultados y eso nos ha mantenido juntas, aprendimos a decirnos las cosas de frente, nos mandamos a comer mierda, es cierto; pero a los dos minutos nos pasó, eso no es fácil. Nos preguntan cómo hacen ustedes, pero es que no peleamos, discutimos fuerte porque así es y nos pasa. Son aprendizajes de la vida que hemos estado poniendo en práctica.

MOMUCLA es un proyecto de vida para todas, un proyecto de sanación, de auto cuidado, de ayuda material también de las unas a las otras, y ahí está, sigue dando escuela. Hemos sufrido, hemos tenido alegrías, oportunidades hemos tenido. Muchas quisieran tenerlas, y sigue el proyecto adelante, no muere. Las asambleas se llenan de mujeres, alguna que otra tuvimos que retirar por pícaras, porque eran corruptas, porque organizan los espacios para vivir de eso, no como un proyecto de vida colectiva. Hoy están las hijas de todas de nosotras, porque eso

fue una política, en las organizaciones dicen ah, es la familia la que está, pero nosotras sí hemos querido construir desde la familia. Yo entiendo que se cuestione a veces que hay organizaciones de beneficio económico y meten a la familia para aprovechar ese beneficio, pero nosotras lo que tenemos es conocimiento, nosotras decidimos que se incorporaran las cipotas y que sepan en lo que andamos nosotras, que ellas vayan teniendo conocimientos, nosotras ya no somos jóvenes, las cipotas necesitaban otra capacitación acorde a sus necesidades. Y nace MOJDECLA que es el movimiento de jóvenes, lo mismo que hacemos nosotras, pero la política de ellas es organizar muchachas de 12 a 30 años, y así van organizándose más mujeres.

El feminismo ha logrado varias cosas, creo yo, antes había más fuerza, aportábamos más ideas, más encuentros solidarios, más cercanías pero parece que ahí se quedó. Yo siento que como en los años desde el 2000 se estancó, bajó la guardia el movimiento, totalmente, cada quien hace cosas buenas, pero desarticuladas. El movimiento

a partir del 2000 ya no era el mismo en el que no importaba que fueran las ongs, que todas íbamos a otros espacios, se articulaban comisiones, luchas, y después se fue. Yo digo que es el dinero que vino a dividirnos, se empezó más con los protagonismos, quien sale más afuera, siempre hubo dinero y proyectos pero no había eso de la competencia como ahora que es terrible. Era un sueño colectivo, pero se cayó, cada una se apartó, han nacido otras organizaciones, pero cada una para llevar agua a su molino, más bien he visto que el movimiento se vino abajo. Medio se levanta después del golpe, y en los últimos años se volvió a estancar, el golpe nos articula y nos devuelve ese sueño colectivo, pero se ha vuelto a desbaratar, como que no creemos nosotras mismas en nosotras, rápidos nos desanimamos.

El 28 de junio del 2009 yo estaba durmiendo cuando le dieron golpe a Mel, pero estaba pendiente cuando puse la televisión y oigo la noticia. Ese golpe fue anunciado, que le iban a dar un golpe técnico a Mel decían, era un golpe anunciado. Empiezo a llamar a las compañeras,

y qué vamos a hacer. Estaba Elsa, una trigueña, era una mujer muy comprometida, estuvo cerca de Berta, ya se murió. *Marta me dijo, esto no es de quedarnos aquí, esto es de ir a las calles, han violado la constitución.* Pues empezamos a motivar la gente a la calle, al día siguiente estábamos ahí, en san Pedro. En Choloma no hubo nada, y le digo, *y por qué no hacemos algo aquí.* Empezamos a parlantear y movimos a la gente, pero los liberales no movieron la gente, nada, nosotras las mujeres fuimos, hicimos una movilización buenísima, de ahí se quedaron las movilizaciones y se hizo el frente nacional de resistencia popular. Yo ya estaba en el Foro de Mujeres por la Vida que es del 2003 y ahí hicimos cosas, participábamos con el Foro, pero también hicimos cosas en Choloma, aunque la gente del centro no se menea. Ahí organizándonos con las mujeres en resistencia. Pienso que fue una oportunidad como proyecto el frente, pero se lo hartaron los machos, ellos lo dejaron perder, siempre hacen mierda todo.

A Margarita Murillo, que fue la líder del FNRP, la conocí en Tegucigalpa, trabajé con ella en la Casa Refugio, nos juntamos las dos, dábamos capacitación. Margarita tenía una gran debilidad que yo no entendía, ella que hablaba de liberarnos y era una gran luchadora por la liberación, pero ella vivió mucha violencia con varios hombres, machos todos. No sé cómo es que las compañeras pasan esto, mujeres valiosas que viven una vida de violencia con sus parejas. Le conocí varias parejas y eran todos machos, ella decía que no se dejaba, pero vivía en situaciones así, ella no se dejaba, es cierto, pero escuché algunas discusiones y la trataban muy mal esos hombres. Ella me contó cómo había vivido y luchado en el movimiento campesino, cómo la torturaron en los años ochenta, era una mujer tan valiente. Pero al final le decía, *fijate Margarita que vos no has aprendido porque seguís otorgando que te atropellen.* Era una mujer con una visión clara, pero ahí era su debilidad con esos hombres, sus parejas. Volví a encontrar a Margarita en San Pedro. CIADES le iba a dar

un apoyo para organizar un grupo y hacer una empresa, una sastrería, compraron las máquinas y todo, ellas iban a hacer ropa, tenía un hermano sastre, tenía amigos sastres. Estuvo funcionando bien, ella vendía cosas, era negociante, pero después quebró el asunto porque un hombre le vendió las máquinas, se bebió el pisto y ella quedó endeudada. *No, me dice, para mí no es la ciudad, me voy para el campo, me voy a ir a buscar alguna tierra* y se fue unos días para Santa Bárbara. Yo no la volví a ver a Margarita, pasó el tiempo y luego la encontré en una reunión del Foro, andaba proponiendo cosas que producía, soya, y otras cosas, mira me dijo, estamos con grupos campesinos en El Progreso, en el Marañón, tengo tierra y cultivo, voy a cultivar soya que es lo que vendo.

Cuando el golpe, fue la coordinadora en SPS del FNRP, después fue María Luisa Regalado, fue un gran pleito con esos machos que al final aventaron a la porra a las mujeres, no se puede con esos hombres, así no servía, me retiré del

Frente, con otras mujeres. Me acuerdo de una asamblea del frente que para mí fue cuando se arruinó cuando dejan a Mel de coordinador, en Colón, que barbaridad, lo pusieron y se arruinó el movimiento, se lo comieron los políticos de los partidos, pero seguimos nosotras en otros lados.

Yo nunca estuve en ese partido, nunca me he querido meter a LIBRE, yo sé quiénes son esos hombres, sólo que estuviera loca me metería ahí. No me olvido de una vez que hubo una asamblea en Comayagua, y que no daban la palabra a las mujeres, todas fuerceamos para que hablara Berta, sólo Enrique Lanza, Mel, Juan, Tomé, solo ellos monopolizaban la palabra. NO nos paraban bola a las mujeres, y hasta que tiramos cosas, hicimos bulla, Berta se fue acercando con el COPINH y le tuvieron que dar la palabra. Les dijo un montón de cosas, buenísimas, y terminó de hablar ella y nos salimos las mujeres junto con ella. Nos trataron como mierda a las mujeres. Sólo esos machos, *No, dije, es lo último a lo que vengo a estas papadas con esos hombres*

Marta, la de la López. Así aprendí, así desaprendí

de LIBRE o del frente. Ahora andan ahí de que armemos los colectivos, que no hallan que hacer. Esa política no es mi política, yo tengo mejores cosas que hacer.

Mi colectiva

Dilcia, Bondad, fuerza, paciencia que transmite energía positiva

Zayda, solidaria, cuidadosa de su salud, conocimiento transparente, detective talento nato

Reyna, la que con su silencio dice mucho, con su aguja e hilo crea bellas obras de arte

Melania, carismática, empoderada, con una gran madurez apoya a otras mujeres

Carolina, suave, paciente, con un crecimiento de mucha sabiduría, una mujer de propuesta y respuesta

Eso son. Esas son ellas.



OTRAS LUCHAS

Yo desde que Moncho tiene dos años miraba la diferencia de comportamiento con sus hermanos; sabía que él era gay, desde chiquito sólo andaba con las cipotas, no le gustaban las cosas que hacían los varones, los carros y las pelotas, el papá lo ponía a jugar, pero no le gustaba, él solo andaba conmigo y pasaba con las hermanas, haciendo vestidos y jugando muñecas. Cuando tuvo doce años le decían culero en la escuela, y llegaban los otros cipotes míos a decirme, entonces fui poniendo atención y llamaba a los cipotes para regañarlos, *no le tienen que decir así*. Al lado había otro muchacho que era bisexual y andaba con él, creo que fue su primer amor. Entonces el papá siempre le decía, *vaya a jugar con los cipotes, usted parece culero, porque solo se junta con las cipotas*. Entonces yo le decía, *vos no tenés que decirle así. Es que este güirro es maricón* me decía. Yo no había entendido bien, pero lo sabía, siempre tenía lo que nos enseña la sociedad de que tener un hijo maricón da pena,

y cuando a una le dicen que es culero su hijo, pues cuesta. Una vez platicando, él tenía catorce años, platicando con una amiga me dice, *¿sabes que tu hijo es gay? Sí*, le digo, *y has platicado con él* me pregunta, *No* le dije. Entonces le pregunté a Daniela: *Mire que Moncho es gay y no sé cómo abordarlo, tengo problemas en la casa porque el papá le dice culero y otros cipotes también le dicen*. Me dice Danie *Simplemente, no vas a hacer mucho, amalo, decile que lo amás, abrazalo y que siempre esté presente en tu vida, que donde quiera que él ande vos lo amás, vos sólo eso tenés que decirle*. Pero como a uno no le enseñan a decir que amamos a los hijos, dije, cómo lo hago. Pues pensé, le voy a decir. Todavía no estaba la Casa Chamana, se empezaba a hablar de la sexualidad y homosexualidad ahí en casa de Daniela. Un día le digo al cipote, *hijo venga; Sí, mami*, me dice. *Mire*, le digo, *yo lo amo mucho, como usted sea yo lo amo, hijo*, le dije, *y tenga presente que siempre lo voy a amar*. Entonces me abrazó y me dijo, *gracias mami*. Lo abracé: *usted es gay verdad. Sí, mami*.

Pero uno nunca sabe cómo abordar estas cosas, ahora veo que yo estaba en el closet también, me sentí bien aliviada, liberada cuando le hablé, le dije, *yo lo voy a defender donde quiera*. Moncho iba a tener quince años y un día me dijo, *Mami, me voy a ir a un seminario de la iglesia*. Pero era mentira, iba para el norte. *Solo búsqume un suéter*, me dijo, *voy con el padre y otros muchachos*. Le di 20 lempiras que era un montón de pisto, pero a mí no se me ocurrió más. Como al mes me llaman de HONDUTEL que iba a tener una llamada y había que ir a san Pedro, en la noche fue la llamada. Y de quien será pensaba yo. *Mami*, me dice el cipote, *aquí estoy*. Elma se había ido ya para el norte. *Ya llegué y estoy con mi hermana, no se preocupe. Imaginate cipote*, le digo, *que me decís que vas a un lado y vas para el otro, pero que bueno que estás bien*. De quince años se fue. De ahí se fue Danilo, estuvo como tres años. Nada fueron a hacer, sólo pijinear. Luego volvieron. Me contó que tenía un compañero allá, pero era muy posesivo, mucha violencia vivía, y me dijo que iba a terminar de estudiar. Una prima

de Tegucigalpa le ayudó, se fue. Ahí conoció otra pareja, ya era un hombre mayor, vivía con ese hombre, era catedrático de la universidad. Con él vivió como cinco años, el cipote era güirro, lo dominaba el viejo. Luego nació la organización Prisma y ahí aprendió a liberarse de esos amores posesivos. Entró a Prisma y levantó las alas. Cuando se liberó, pues se quedo sin nada porque el hombre le daba todo y decidió vivir solo, empezó a sufrir un poco, alquiló un cuartito, era libre, pues. Yo le mandaba sus pesitos, cuando iba a Tegus le dejaba provisión. Le compraba zapatos de segunda, yo siempre lo acompaño, luego consiguió un trabajo de dar clases, y daba clase. Las cipotas, sus hermanas también lo apoyan mucho, lo hemos apoyado en todo lo que hemos podido. Después él nos llevó a una capacitación con Prisma, fui a la capacitación y empezó a hablar, ese proceso estuvo cerca del movimiento feminista y a mí me gustó.

Moncho o Donny como le conocen, siempre hablaba que sí había momentos en los que se

deprimía porque ni su papá ni sus hermanos lo aceptaban, pero su mamá y sus hermanas estaban con él, eso le daba fuerza. Los cipotes gay todos me dicen mamá, yo empecé a visitarlos más y luego cuando acuerdo es que nace Arcoiris, me invitó a la inauguración, él es fundador. Yo le dije, *mire hijo, aprenda de nosotras, hemos tenido trabajo voluntario, de compromiso, póngalo en práctica porque si no cuando no tengan pinto no habrá nada. Ahí van, luchando.* Son una comunidad difícil, hay mucho resentimiento entre ellos, y él da la vida por esa organización, se siente feliz. Un día le digo, *¿por qué no se organizan los padres y madres? Empecemos, invitemos a algunos a ver si vienen,* y lo hicimos. Diez mamás llegaron. Hicimos un FODA sobre lo que era tener un hijo gay, cómo lo miramos, salieron cosas bonitas. Hicimos un primer encuentro, una capacitación y luego como él dejó la coordinación de la organización ya no seguimos. Lo que hice yo fue visitar algunas madres de Choloma y nos hemos ido reuniendo y vamos a retomarlo. Carolina, mi otra hija, está con ganas de hacerlo, volvimos a

tener un conversatorio en San Pedro y quedamos de reunirnos en Tegucigalpa, con otras madres, para hacer unas líneas estratégicas para continuar el trabajo. Ahí hay trabajo montón por hacer, creo que es una buena coyuntura ahora para hacerlo. Esta es otra propuesta política, salirme del closet como la mamá de un joven gay y ayudar a otras para que lo hagan.

Platicando con mi cuerpo

Marta, me preguntó, ¿has pensado alguna vez en tocarme, descubrir en mí nuevos placeres? Le contesté, no. Rompé esos mitos, Marta, esos tabúes que te atan, roles que te han hecho sumisa. ¿Quieres intentarlo, Marta? Está bien, pues. Desnudame, desnudame todo. Iniciá. Tócame así suavemente, así, así, suavemente. Haz movimiento que quieras, no importa, así sigue, vamos bien, sigue, toca la vulva, suave, sigue, abre las piernas, continua, llega hasta las puntas de los pies. Continua que mi piel ya se puso de gallina, así, así, sigue, siempre suavemente. Regresa, para arriba, sigue, tócame el clítoris, suave, suave. Introduce tu dedo en la vagina, frota, frota el clítoris, sigue, hace los movimientos, grita si quieres. Sigue, sigue, empuja... por fin, Marta, un rico orgasmo verdad, fuimos y bajamos de la luna, verdad que sí, que calor, no importa, lo bueno es que lo disfrutamos, cómo te sentís, Marta. Le contesto, feliz, feliz, feliz. Quisiera que las mujeres también platicaran con su cuerpo y

disfrutaran como yo lo hice hoy y supieran de esos orgasmos deliciosos que se han perdido, que hoy logramos. Tal vez, Marta, un día se vuelvan locas como tú. Yo sólo te quiero decir que has aprendido a quererme y amarme en todas las dimensiones y no es fácil. Recuerda, Marta, que yo soy tuyo y ni la muerte nos separará. Así es que vivamos felices, practicando, acariciándonos y logrando muchos orgasmos mientras estemos vivos. Entonces, Marta ¿Estás contenta?

Sí.

Entonces, otra vez.

No, no, no por hoy, otro día.



EL PÉTALO DE UNA ROSA.

Me he sentido en varios momentos aplastada. Sé que es porque no he tomado decisiones a tiempo, como cuando debí separarme. Yo había sido radical, si no me gustaba algo lo dejaba, pero ahí las cosas las miraba diferente porque sentía más fuerza. Creo que en la costa norte no me sentía apoyada como en Tegus, allá vivía con gente que me daba fuerza. Aquí vivía sola, totalmente sola, me sentía frustrada, pensaba que tenía que andar rodando, que era frágil. Me sentía aplastada. Me siento frágil cuando no tengo colectivo o cuando la gente no responde a los procesos colectivos, siempre he construido colectivos, otras familias, siempre.

En otros momentos me he sentido así frustrada como cuando una quiere tirar la toalla con las luchas a las que le pone tanto amor, con aquel esfuerzo, y de repente encuentra compañeras que toman otra forma de ver la vida para estar mejor económicamente, tienen otra posición más cómoda y usan el movimiento para sus

finés personales; y me he dicho *por qué yo no he decidido eso*, y me ha hecho pensar en cambiar mi rumbo. En esos momentos me ha entrado la depresión, las ganas de tirar la toalla y acomodarme, pero al mismo tiempo pienso que los procesos son lentos.

Me pongo a recordar la historia de los pueblos, *puchica, desde que vinieron los españoles estamos en resistencia, y hemos ido haciendo cosas, y si no hubiera habido tantos muertos entonces no se hubiera levantado el pueblo indígena*, pensar en eso me levanta. Yo digo que el sistema quiere que sólo pensemos en vivir mejor, tener lo mejor, y nos llena de eso y cuando miramos otras que tienen dinero por hacer lo que hacemos por compromiso algunas, a veces decimos debería tener eso, irme por ahí, pero no, yo reflexiono y digo, *Eso no es para mí* y me mantengo en mi línea, soy una mujer del pueblo y me gusta la lucha. Hay momentitos así, duros. También la muerte de Daniela que fue tan brutal para mí, o cuando matan a los dirigentes, hombres y

mujeres, como Miguel Ángel Pavón que siempre estuvo con nosotros, dice uno, cómo va muriendo la gente que lo acompaña a uno y eso deprime.

Yo tuve conciencia de que era una mujer cuando estuve en la Casa Chamana, porque la realidad una el cuerpo ni cuenta se da de que lo tiene, ni sabe respetarlo, no importaba que lo abusaran o hacer cosas con el cuerpo para otra gente. Si tenía que dañar el cuerpo en nombre de la lucha popular lo hacía, porque la lucha es grosera para las mujeres, ha sido patriarcal, y es grosera con las mujeres, nos ha expuesto y nosotras solidarias con esa lucha a veces no nos importa marginar, violar el cuerpo, maltratarnos. Hemos permitido que lo violen, lo usen, hemos pensado que no importa porque para la liberación de los pueblos no importa sacrificar el cuerpo de las mujeres, no hemos tenido conciencia del respeto a este territorio. Miles de mujeres hemos pasado por eso, conscientes de nuestros aportes a otras causas sin darnos cuenta de que al no reconocer que este cuerpo es nuestro territorio ayudamos

al patriarcado que nos hace pisotearlo, eso yo lo aprendo en el feminismo.

De niña no tenía mucha conciencia de ser una niña, me crié con varones, éramos pocas las mujeres que andábamos en ese medio, yo andaba con muchos hombres, no me crié con miedo al peligro, no se veían cosas tan violentas como las violaciones, no me irrespetaron en la casa, ningún hombre me abusó. Yo me doy cuenta de la violación de mi mamá hasta que platicué con ella, porque fue una tarea de un trabajo que hicimos en un taller, yo tenía rencor, resentimiento porque ella me regaló, pero cuando fui y me puse a platicar con ella me dijo que sí le gustaba mi papá, pero a él, ella no le gustaba, ni le interesaba. Él se aprovechó de ella, la encerraba, ella dice que no la violaba, pero así fue, la usaba para saciar su placer, nada más, él no la miraba, era la indita que trabajaba en la casa.

Mi tía Chela a pesar de que era maestra, me decía, *mire, un día la va a visitar Jacinto y hay que estar*

preparada con unos trapitos. Y cuál Jacinto dije yo, ¿usted va a saber! A mí me encantaba montar a caballo, a pelo, a mí me hacían unos shorts con unos hules, bombachos, yo así andaba porque decían que las niñas no tenían que enseñar nada, tenía colección de esos, bueno, era una manera de protegerme de alguna cosa, porque eran unos shorts largos, a la rodilla. Como andaba así podía hacer muchas cosas, andaba una falda encima, no usaba ni faldas. El día que me vino la regla andábamos jalando unas vacas, pero yo sentía que estaba mojada. Será que me oriné, dije yo, fui al baño y miré sangre. Entonces pensé que el caballo me había roto algo, tenía doce años, me fui a lavar y de ahí el siguiente día amanezco manchada, y entonces decía que me había hecho un hoyo el caballo, pero que no me sentía nada. Entonces me voy donde las señoras que hacían las tortillas y les dije, Vieran que tengo un problema, que el caballo me hizo un hoyo y estoy echando sangre. Se reían ellas y me decían, Es que ya te visitó Jacinto. Entonces dije, ¿y es que viene de noche? ¿Le hace hoyos a una? Sí, me dijeron, a

Jacinto le gusta estar echándole sangre a una, vas a estar tres días así. Fui a ver a mi abuela y le dije, fíjese que me está visitando el tal Jacinto y me deja llena de sangre, y me dice mi abuela, ¿Pero no te ha tocado algún hombre?. Como vos sos bien chirota, decime que hombre te tocó. No, a mí no me ha tocado nadie, yo me bajé del caballo y me sentí mojada. Y ella bien necia y yo con miedo. Entonces decía, será que Jacinto es un hombre que llega y me toca, entonces yo nerviosa. A mí quien me dijo de ese Jacinto es tía Chela, pero yo no miro ningún hombre. Entonces ella se rió, le cambió el rostro. Se fue a buscar unos trapitos hechos de costalitos de harina el gallo, y como ella hacia pan, hacia mantas, cobijas de esa tela. Fue a sacarlos y me dijo, estos los vas a lavar bien, hizo una bolsita, como tipo kotex, esto te lo vas a poner, ese Jacinto te va a visitar todos los meses a partir de hoy, usted tiene que tenerlos bien lavaditos, tiene que lavarlos, asolearlos, usted solita que no la mire nadie, y les hecha jugo de limón para que estén limpios. Me hizo un saquito y me dijo, aquí los tiene que

tener y cada vez que la visite Jacinto usted se los pone. A mí nunca me explicaron más, no me dijeron más que eso, pero dijo, A partir de hoy usted corre peligro. Usted no va a volver a salir sola, va a salir con sus tíos y su abuelo pero no se aparte de él. Con los mozos usted no se va a juntar porque corre peligro, tiene que andar con su abuelo y sus tíos, cuidadito de andar con los dientes pelados con los mozos que si la miro la malmato. Yo pienso como es que le confunden tanto la cabeza a una cuando es cipota, en vez de decirle las cosas como son.

Mi abuelo parteaba a las perras, decía que estaban pariendo y yo me fijaba, pero era natural verlos y no me daba curiosidad, nunca pensé en mí así como una hembra. Yo siempre dije que cuando fuera grande no quería una partera, porque había una muchacha empleada de la casa que estaba embarazada y le tocó parir. En la casa habían dos plantas, yo dormía arriba, a ella la dejaron abajo, yo oía los lamentos de la mujer, gritando de los dolores y yo por un hoyito miraba, y decía

Por qué será que la tienen así, abierta, miraba la vulva y decía eso es un monstruo. Mi abuela la atendía con la partera. Yo dormía con mi abuela y todas las mujeres dormíamos ahí. Yo temblaba cuando aquella mujer pegaba gritos y veía a la partera apretándola. Y será que la están matando, que será, pero al fin...salió el güirrito, parece que nació ahorcado y se murió. Yo tenía una amiguita y le dije, Mira que yo vi a una mujer que la tenían abierta y le sacaron un niño por ahí, no se lo trajo la cigüeña. La otra era más grande que yo, y me dice, no, mi mamá es partera, y saca los hijos por el culo, me dice, ¿Por el culo? le digo asustada. Sí, me dice, así nacen los hijos, eso es mentira lo de la cigüeña. Entonces quedé con fobia para las parteras, decía cuando yo tenga hijos me voy a morir, no voy a dejarme ver por una partera porque mató al niño. Nunca lo superé, yo corría para el hospital cuando tenía dolores, pensaba que si me quedaba en la casa llegaba una partera. Y nadie nunca me dijo como nacían los cipotes, es una barbaridad que nadie le explique a una algo tan importante como estos procesos.

Del sexo no sabía nada, miraba a los perros, las bestias que se montaban, pero no me parecía nada especial. Yo fui despertando a lo del sexo cuando vivía en Tegucigalpa, porque de cipota nada, en Comayagua era bien inocente, no me fijaba en muchachos, a pesar de que me decían cosas, pero me caían mal. A un cipote que me quería besar en el cementerio lo agarraba a patadas. Pero una cosa es que a mí no me gusta que me toquen, ni que me aprieten ni abracen. Mi abuela me decía que si lo apretaban le deshacían las chiches, yo tuve problemas con mis parejas, no me gusta que me abracen porque me metieron eso de que no permitiera que un hombre me tocara. Tenía muchos admiradores, era coquetísima, pero que no me tocaran. Yo con mi primera relación me dejaba tocar, pero era bien incomodo para mí, así fue con mis parejas. En mi casa nunca vi a ninguna pareja besándose, solo mi tía Chela a veces la vi, pero como me decía que no contara, entonces todo era reprimido, le decía, *yo veo que a usted la aprietan, no se deje apretar.*

Esas palabras de mi abuela me marcaron mucho. Mis primeras relaciones fueron difíciles, hasta los 18 fue mi primera relación, yo pensaba mucho en eso, nunca me toqué, una no se tocaba el cuerpo, a una le prohibían. A mí me atraían algunos muchachos, pero había esa parte que no toleraba, que me tocaran. Cuando me enamoré de Jorge permití algunas cosas, pero si se pasaba no me gustaba. Yo hay veces que le decía a mi hija Elma, no te dejes tocar, repitiendo lo mismo de mi abuela, pero ellas no me pararon bola, tal vez no era tan ogro como mi abuela.

Yo creo que cuando empecé a disfrutar fue cuando tuve conciencia de mi cuerpo, porque tenía relaciones, claro que era por amor, pero no recuerdo haber tenido muchos orgasmos. Hasta que aprendí a ver mi cuerpo, a pensar en qué me gustaba, en la Casa Chamana nos decían que nos preguntáramos qué nos gustaba y lo puse en práctica. Cuando le conté a mi marido, me dijo, *Qué es lo que estas aprendiendo, vos decís que vas para un lado, a saber dónde vas, a algún burdel.* Tonto.

Ya tenía todos mis hijos, entonces para él era sorprendente, estaba acostumbrado a cómo eran las cosas por tanto tiempo, esto era un cambio. Cuando empecé a decirle es que vos no me tocas así, no me has hecho tal cosa, un día le dije, *Quiero que vayamos a un hotel, yo lo voy a pagar*, nos fuimos. Ahí me dice, *Por qué me traes*, le dije, *Porque yo quiero hacer el amor con vos, pero bien, quiero tener orgasmos*. Me dijo, *quiere decir que pones mi hombría en duda, que no sirvo ni para eso. Pues no sé si sos vos que no servís o soy yo, pero quiero cambiar, sentir. Pues si a esto me trajiste, me voy a la mierda. Pues andate*. Pero no se fue. Entonces hablamos, le dije que tenía que aprender a que las mujeres queremos disfrutar del sexo, *Creo que nosotros no lo hemos disfrutado por vivir con esos güirros, no tenemos la culpa ninguno, pero así como vivimos, siempre es como sexo escondido, a la carrera. Es cierto*, me dijo. Entonces platicamos. *Quiero que me toqués, pero no me apretés, me tenés que tocar suave. Haceme un masajito, yo también te voy a hacer. Suave como con el pétalo*

de una rosa, se río él. Así. Como con el pétalo de una rosa. Pasamos una noche linda, tuve como tres orgasmos, y él también, tantos años de estar juntos y sin disfrutar el sexo placentero. Le conté a Daniela, *que bueno me dijo, claro para él es raro porque es el macho*. Después él me decía que había aprendido un montón de cosas. Sí, estamos aprendiendo a conocer el cuerpo, tenes que cuidar tu órgano, igual que yo, pero hasta ahí llegamos.

Ahora me siento bien, siento que he disfrutado, siento placentero y cuando tengo deseos me masturbo, por eso le dije a él que no lo quiero ver en mi casa, porque a veces llegaba a preguntarme si no tenía ganas de que estuviera con él y no quiero. Entonces yo siento que he tenido una transformación como pocas mujeres. Yo me siento que he pasado de una opresión a esta libertad, porque es una opresión, por ejemplo no tener sexo placentero es opresión, porque cuesta, como cuesta decirle al marido que haga tal cosa, eso a montón de mujeres nos cuesta, peor

mujeres como yo. A nosotras las pobladoras nos cuesta porque vivimos mucha represión, pero yo rompí un montón de barreras, mire por ejemplo esto de los abortos, he vivido eso bien, cuando me ha tocado. Con cipotas que una ha hablado con ella, pero que se embarazan sin querer y entonces apoyarlas y buscarles opciones para que no estén obligadas a parir. Yo nunca tuve un aborto, quise abortar a uno de mis hijos, porque una amiga mía estaba embarazada y me dijo, *no quiero tener este hijo, y vos, y le digo si yo pudiera no lo tendría*. Entonces me dijo, *vamos que en la Rivera hay una mujer que cobra barato*, ahí fuimos, con un montón de mujeres, pero cuando la metieron a ella, me dijo, *alcanzame un pañuelo*, me quede ahí con ella, y veo que le está metiendo un alambre, y, *no, huy*, pensé. Ella sí se hizo un aborto, pero estuvo grave. Yo no quise, tuve miedo, y yo tenía miedo de las parteras. Tuve diez hijos, diez embarazos. Dos veces me puse el DIU y salí embarazada, el padre Guadalupe decía que no había que tener hijos porque no les teníamos para darle de comer, pero

no decía nada más, ni cómo planificar ni nada de eso. Claro, era cura. Y para nosotras el problema no es sólo darles de comer, a las mujeres los hijos nos cuestan más que eso.

Nohelia

*Mi hija es un pozo cristalino
De agua fresca y pura.
Es como la rosa en botón
Que se abre linda
al compás del tiempo
es libre
bella como las mariposas
que muestran sus colores en su vuelo
inocente como toda criatura
dulce como el almíbar de las frutas
esa es mi hija
inteligente, noble y amorosa
expresa su amor desde la ternura
por eso es más especial*



Yo quise no tener tantos hijos, pero antes para eso había que llevar el marido a firmar un papel en el hospital, y Pedro nunca quiso ir. Igualmente yo no tomaba conciencia del deterioro de mi cuerpo, creo que cuando una vive en esa gran pobreza una vive solo agachada, tiene el autoestima en el suelo, yo no culpo a las mujeres por vivir así, nada las levanta, no miran mas allá porque es difícil con tanta limitación y miseria. Y eso que yo era conciente en lo político, pero esa gran pobreza lo pone más deprimido a uno, y ahí agachada. Hasta cuando tuve a Tania, no sé como salí embarazada, yo era una lloradera con el embarazo de Tania, ahí quería que se me cayera. Tomé mejorales, raíz de limón, y tenía una anemia terrible, pero nada, sólo mas anémica me puse. Nada, pues ahí nació Tania. Dije yo, *Dios mío, no quiero tener más hijos.*

Yo hubiera querido tener solo tres hijos. En ese parto de Tania llevé una carta falsificada, pero cómo me iban a operar con esa anemia, cuando pasé al doctor me dice, *si la opero esta mujer*

*se muere, no la opero. Dije yo, si no me opero, ya no, me volví a joder, porque era muy fértil. Había otra muchacha que se iba a operar, pero a la hora de la hora no quiso, y estábamos con los expedientes en la camilla y vine yo y lo cambié, saqué el de ella como el doctor que me dijo que no me operaba se fue, entró otro y vio el expediente que había cambiado y fui la primera de ese turno. Toda enclenque salí de ahí. Yo estaba feliz porque me había operado, me sentía feliz, ¡vaya hasta que al fin! Cuando me operó el doctor me dijo, te amarro las trompas o te las corto, *já, corte esa papada le dije. ¡Y corte bien, doctor!**

Mi hija Noelia nació bien, pero en el hospital agarró una bacteria de meningitis, como a los seis meses en una madrugada Noelia estaba con fiebres y convulsionando, y el doctor me dijo que era meningitis. *Es una enfermedad grosera, tu hija puede quedar como vegetal, puede que camine o no, pero hay que ver como evoluciona.* Eso me costó. Esa es una de las cosas grandes que a mí me

pesan, no haberle dado a ella la verdadera atención es doloroso para mí, porque le he dado tanto a otros y a mi hija no. Por andar en tanta cosa no la llevé a la escuela especial y ella hubiera aprendido. La hermana de un amigo tenía una niña autista y me decía llévela a la Teletón, lo que me duele es que pude haberlo hecho, nunca la llevé porque no me hice el tiempo, y no tuve ayuda en la casa. Yo tenía que trabajar mucho para mantener a los cipotes, el papá la hubiera llevado, tenía más tiempo, no lo hizo, pero eso a mí me duele, me marca.

He sido feliz

Disfruté de la belleza de muchos países como Bélgica, que lo llevo en mi corazón porque fue la cuna de Daniela, y a través de ella conocí muchos amigos y amigas que hicieron posible que disfrutara de sus lugares, de sus cafés, con su estructura medieval, los miles de estudiantes que como hormigas viajan en trenes a sus diferentes universidades. Las bordadoras de Brujas con sus bellezas. París en el recorrido por el río Sena y el arte del Louvre, almorzar en la torre Eiffel no es de todos los días! Y sin embargo, con toda esa belleza, se siente la frialdad de la gente que parece vivir atrapada en el modelo del consumo y la indiferencia. Y ahí están las amigas y amigos que son gente de la solidaridad con Honduras. Gente comprometida con los pueblos que luchan, al igual que ellos mismos luchan por liberarse de estos sistemas que tanto a ellos como a nosotras nos atrapan.



SI VOLVIERA ATRÁS

Si volviera atrás hubiera continuado estudiando.

Hubiera ido a la universidad.

Hubiera sido sicóloga.

No hubiera tenido ese montón de hijos.

Me hubiera gustado estudiar magisterio.

Yo creo que agarro muy de lleno el compromiso con la familia y eso me ha truncado un poco porque siempre he apoyado a las cipotas a costa mía, ha sido prioritario que ellas estudien, y económicamente no he ajustado para todo. Yo terminé la secundaria, pero con mis nietas, ellas se metían al colegio y las aplazaban, y un año ya no quisieron y se metieron a una academia de belleza, está bien que aprendieran, pero lo importante era estudiar. El 2008 les digo, *bueno cipotas, así es que ustedes van para el colegio conmigo, vamos a ir a un Educatodos porque veo que no quieren estudiar, vamos a ver si me ganan.* Pues metí a las nietas y a mi nuera, y todos en el

Educatodos. Íbamos por módulos, pues ya casi en un año hacíamos dos, nos deja la profesora botado el programa porque no le pagaban y ella ya no quería terminar con nosotras. Puchica, y me voy a la distrital y les dije, *entonces creen que como organización podemos tomar nosotras el programa. Bueno, me dice, si ustedes tienen facilitadores, y si tienen experiencia con el programa. Sí, mi hija tiene experiencia.* Carolina y Moisés eran facilitadores, terminamos. Salimos buenísimos del Educatodos. *Pues ahora, les dije a las muchachas, vamos al colegio. Pero ustedes no van a ir a distancia, van a ir al Pagán, porque a distancia es para viejos.* Ellas estaban encaminadas y se matricularon. Una de ellas se metió a distancia porque quería hacer otras cosas, y me metí con ella, a distancia hicimos el bachillerato, el 2010 nos graduamos de bachillerato. La verdad es que en los colegios no enseñan nada, nada, ahí ponen cualquier maestro, cuando daban clases de historia y ciencias sociales el profesor no sabía nada, entonces yo le decía *esto es así, así; ayúdeme* me decía, terminé dando clases

de naturales y estudios, y me decían la profe los compañeros. Yo me metí a estudiar porque quería aprender, pero desgraciadamente no enseñan.

Me acuerdo que a los catorce años me dio la varicela, y decía porque me dio, pensé que sólo a los niños tiernos les daba la varicela. Me dio en Comayagua, pero yo era sana, tenía un cuerpo sano y fuerte. Esto de la enfermedad de los pulmones me acompaña por todo el trabajo que me ha tocado, todo lo que uno viene sufriendo porque yo era bien sana. A raíz de que lavaba y planchaba ajeno me da tuberculosis, a partir de eso mi cuerpo se empieza a enfermar. La tuberculosis fue durísima, una enfermedad que me ha durado mucho tiempo y me dejó mal los pulmones, mezcla de trabajo duro y miseria, lo mismo, pues. Pero salí de eso, cambié de vida. Con la fiebre supe que estaba enferma pero no sabía de qué y ni quería saber, cuando ya me quedaba sin poderme mover me dice una amiga, que estaba igual, *Marta trate de ir al hospital,* Pues fui al centro de salud y me hicieron los exámenes

y me salió positivo de tuberculosis. Me remitieron al tórax, la otra compañera del río también, nos fuimos juntas a internar allá. Como ya tenía amigos y conocidos en sindicatos, Adolfo Lemus que era del SITRAMEDHYS hizo contactos con Tegus y me iban a visitar compañeros, pero no eran mujeres, todos hombres sindicalistas. Los cipotes se quedaron con mi suegra, y a veces del sindicato me daban dinero y les mandaba a los cipotes, eran solidarios ellos. Estuve un mes ahí, pero los pulmones quedaron jodidos, a partir de ahí, porque dijeron que no fuimos a tiempo ninguna de las dos.

Sé que son cientos de mujeres que amo y me aman.

Como mis compañeras del foro de mujeres por la vida, el cual me ha ofrecido tanto que me eligieron la mariposa del año, siendo yo la primera.

Las chamanas que me hicieron un concierto con Guillermo Anderson para recuperarme del cáncer y me eligieron heroína comunitaria.

Tantas cosas que me enorgullecen como mujer, disfrutando tanto y tanto que no puedo pedir más a la vida porque me devolvió la felicidad a través de la energía positiva de amigos y amigas que siguen conmigo haciéndome feliz, hasta que la tierra me recoja.

El cáncer me surge después, andaba ya con Daniela, en las tierras estábamos, pero como es silencioso tampoco lo detecté rápido. Me había metido al colegio y cuando iba extrañaba que estaba muy cansada, y luego las hemorragias que tenía. Decía, esto no es la regla, yo tenía ya cuarenta años, después dejé de ir al colegio y me fue entrando depresión. La muerte de Daniela me golpeó mucho, porque fue así tan trágica, inesperada, me puse muy mal, metida en un cuarto que no quería salir, no sé cómo llegaron amigos y me sacaron. Me metieron en el carro que ni quería salir, estaba puro esqueleto. Doris Melissa me reclamó *Marta y qué pasa*, pero yo consciente estaba que tenía cáncer. Si uno da tanta charla de salud sexual y reproductiva, sabe

pues, pero me estaba dejando morir. No quería ver a nadie, no dejaba entrar a los cipotes, nada, me decían va a comer, no, no no. Y una cólera terrible, aquella agresividad mía insoportable, querían llegar amigas y decía *no quiero ver a nadie, fuera de mi cuarto*, en la noche salía a lavar los trapos, y Carolina llorando en la puerta, *mama, mama. Vaya quítense de aquí...* Qué feo era, ahora que me acuerdo era tan feo. Esa fue una crisis horrible. Y me sacaron amigas, me hablaron y reflexioné. Pero cuando Pedro dijo que iba a vender la casa para pagar mi curación, dije, *no, no es posible que mis hijos van a quedar en la calle, no, no, no yo tengo que curarme*. Entonces hablé con Xiomara Ventura. Sáqueme de aquí, no quiero estar en una clínica privada, lléveme a san Felipe, quiero estar en el hospital del pueblo. Mi amigo Piet, que vive en Holanda, me fue a dejar, me pusieron sangre, me pusieron tres pintas de sangre, con sangre iba para allá. Cuando me la pusieron desde la primera me sentí mejor, pero como estaría que me pusieron tres pintas. Así de cadavérica estaba.

Es la crisis más fuerte de mi vida, la muerte de Daniela, la muerte de Chang casi al mismo tiempo porque como los quería yo, porque fue todo junto. Cómo el cuerpo percibe y recibe todos los duelos. Una parte de una que se muere con la gente que una quiere... se marchita una parte. A mí la muerte de Chang cómo me dolió y la de Daniela, él murió unos meses antes de ella. Chang también se dejó morir, una depresión lo mató, es que eso es cruel, no se muere una de la enfermedad sino que le dan ganas de morirse. Chang se sentía feliz en la casa en medio de la pobreza, él se sentía querido por nosotros, me decía mi marido, *vos sos buena para traer hombres y uno ni sabe*, pero como nunca le paré bola le dije, *trae los tuyos*. Fue una época dura. Un desparpajo feo ese tiempo, la Casa Chamana se desintegra, tantas cosas. Después del cáncer siempre este problema de los pulmones que es crónico, pero crisis así como esa no he vuelto a tener. Con esto de los pulmones yo creo que también era tanto medicamento que me daban, estuve un tiempo con una depresión, me sentía

más más enferma, hasta que el año pasado dije *yo, me voy a quitar todas esta papadas*, me sentía más deteriorada, entonces porque iba al hospital me daban un montón de pastillas, y eso me daba depresiones, era muy intoxicada que estaba.

En este proceso he aprendido que una no debe intoxicarse, pero la misma depresión la hace tomar papadas porque yo misma reflexiono por qué tomo estos medicamentos si he aprendido que con cosas naturales yo misma me puedo curar, pero no lo ponía en práctica. Después decidí que iba a cambiar mi forma de comer, y también dije, ya es momento que me salga de esta casa, siempre lo pensaba pero no era fácil, ni agua tenía allá en la otra casa, pero me fui. Tenía que jalar agua ahí en el champerío, pero con dos tambos me hacia el día, estando allá tomé decisiones para mí, empecé a dejar ese montón de medicamentos que me daban, hago jarabe de cebollas, jengibre, sembrando cosas, eso me llena mucho. Empecé a llevar la primera gallina, ya fui como descargándome de tanta cosa, y

he ido tomando conciencia de cuidar más mi cuerpo, hacerme cargo yo misma.

La depresión es psicológica porque son rollos de la mente, lo que se necesita es salir, hablarlo, porque si una no dice, una se va muriendo. Yo cuando me miraba en esas depresiones empecé a visitar todas las vecinas y me presenté, les dije que vivía ahí y me gustaría visitarlas, yo les pedía que tomáramos cafecito en la tarde, primero llegó una, luego la otra y a veces nos encontramos las cinco. Los colectivos son los que ayudan a superar todo. Ahí hay una mujer que tiene un marido diabético y le cortaron los pies, y ella me dice, *ya no aguanto estar cuidando a ese señor y le digo, no se esclavice, no va a arreglar nada con estarse desvelando con él, sentada en una silla. Es que me da miedo que se caiga. No se va a caer. Pero tiene miedo.*

Es que los miedos nos tienen jodidas, yo digo que la depresión es miedo al miedo, al sufrimiento. Las mujeres que son víctimas de violencia doméstica viven con ese miedo, a la agresión, al

mismo sufrimiento de que vuelvan las violencias. Es miedo al miedo. Esa mujer no salía esclavizada cuidando a ese señor, yo le digo, *vamos al mercado, vamos a dar una vuelta*, pues se animó y ahora me dice *ella Vamos al mercado, porque nos vamos a las seis, y nos vamos*. Cuando venimos tomamos café, hacen su sopa y compartimos, hacemos tecucos y compartimos. Vamos a dar nuestras platicadas, me dice, *Martita, sí me ha ayudado que salga, que platique, mire que el otro día me fui a comprar unos zapatos porque sentía que no tenía tiempo y no me lo daba*. Yo le bordé un delantal bien bonito, a ella le gustan.

También está el miedo a la muerte. Yo he pensado sobre la muerte, un día tuvimos un taller sobre duelos de la muerte porque una siente que se muere cuando mueren las amigas, y tuvimos una reflexión ahí en Casa Chamana. Yo no le tengo miedo a la muerte, una clase de muerte que no quisiera es que me mate un carro, de que me peguen un tiro me he concientizado porque es probable que suceda o de morir por

mi enfermedad. No le tengo temor. He platicado que cuando me muera me tienen que velar en la casa comunal, con las mantas de MOMUCLA con música de mujeres, de Mercedes Sosa. Quiero que me entierren caminando, que me lleven mis hijos, mis yernos, en hombros. En el cementerio de la López porque no voy a pagar 27 mil lempiras a un terrateniente para que me dejen ahí en tierra ajena. Tuvimos una lucha para un cementerio para nosotros los pobres y ahí quiero estar porque están mis vecinos, yo con mis mareros, con esos quiero estar en la tierra. En los hombros y atrás con las mantas de MOMUCLA, una caminata política quiero para mi entierro.

Carta para Doris y Xiomara

Queridas amigas:

Llegó el momento de expresar mi agradecimiento hacia ustedes.

Creo que estuve callada por mucho tiempo, pero siempre pensando en como decirles lo que siento. Bueno, en los momentos en que la muerte rondaba como buitre en mi vida, la Diosa del amor y sororidad las mandó al rescate. Tarea que cumplieron con toda la ternura que amigas como ustedes pueden hacer. Quiero decirles que todos los días doy gracias a la vida, que me ha dado tanto y me dio dos amigas, hermanas que lucharon junto a mí y me rescataron. ¿Cómo agradecer, pagar ese milagro que no tiene precio y que jamás podré pagar todo lo que por mí han hecho.

Han sido baluarte para que yo siga en esta lucha, dándome día a día aliento, energía positiva y trasladando a otras este mensaje de amor.

Amigas, jamás olvido su empeño por mi salud, porque el solo hecho de contar con ustedes me hace feliz. Créanme que las amo mucho, mucho porque amigas como ustedes no se encuentran todos los días.

La naturaleza las eligió para pintarles de colores como buenas artistas que vuelven la vida a mujeres como yo, para seguir dando amor desde la ternura, construyendo desde nuestras trincheras un mañana justo, sin violencia.

Las amo amigas,

Martita



A mí me daría mucho pesar irme de este mundo sin ver alguna unidad del movimiento feminista, pienso que cómo es posible que nosotras no pongamos en práctica esa igualdad, la equidad por esas diferencias más que todo de clase, de protagonismo, competencias. Me he puesto a imaginar muchas cosas, como que nunca hemos tenido una revolución hondureña, pero como son procesos largos ya eso no me quita la vida ni el sueño, antes me martirizaba con eso, ahora ya no. Tomé conciencia de que los procesos son lentos, que en algunos momentos nos deprimimos porque no alcanzamos lo que queremos, pero otros se levantan, así va, como las olas del mar. Que mientras este capitalismo salvaje exista ahí vamos a estar, que siempre va a haber choques y luchas. Pero hemos hecho cosas y yo he sido parte de esa construcción y me siento orgullosa. No me siento parásito, no vine a vivir por vivir sino que he construido y he visto frutos y me siento feliz de eso. Cuando me muera, voy feliz, no vine a destruir esta tierra, vine a sembrar. Hacer este libro es parte de un sueño. Eso de que tan poco escribimos


las mujeres y poco se escribe sobre nosotras las pobladoras, entonces seguro van a haber memorias de dirigentas feministas reconocidas, profesionales, pero nosotras las menos famosas, no.

A Berta le faltó escribir, tantas memorias de esa mujer, dejó grabadas algunas cosas, pero como nos gustaría tener un libro sobre ella. Yo siempre he querido escribir para la memoria de las que vienen. A veces cuando una lee libros de mujeres piensa cómo nos hubiéramos dado cuenta de la vida de esas mujeres si no hubieran hecho un libro, mujeres campesinas como Margarita Murillo, asesinada, o María Luisa que ha hecho montones de cosas, tienen que quedar estas memorias. Tenemos que hacer un alto para escribir nuestras memorias porque no estamos permitiendo la construcción de lo que hemos venido haciendo. Yo me dije: yo voy a hacer un alto. O tal vez es algo de la edad, porque a los 68 años a una se le van olvidando cosas. Y el peligro en que estamos de desaparecer en cualquier momento. ¿Quién va a decir por nosotras?

Sólo nosotras.

Marta, la de la López. Así aprendí, así desaprendí

*Impreso en Imprenta PROGRAPHIP,
Tegucigalpa, Honduras,
en el mes de enero de 2017.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.*



*Somos las que estamos paradas en el tiempo y latimos... latimos... latimos!
Somos río, mar jungla, sol, luna y pulmón ¡somos patria!
Yo siempre he pensado que Honduras tiene nombre de mujer.*

Nosotras esas Sujetas. Juana Pavón

Marta Peñalba, la de la López Arellano, con más de tres décadas haciendo política feminista por la vida de las mujeres, a sus 69 años continúa promoviendo proyectos comunitarios porque es lo que la hace feliz.

A través de su historia nos invita a re-pensarnos la felicidad, el feminismo, la izquierda, y la política. Nos convoca a encontrarnos con otras mujeres para dialogar, sanar, reflexionar, construir desde la rebeldía y las colectividades barriales para materializar la vida buena para las mujeres que es nuestra búsqueda infinita.

Su relato nos devela la red patriarcal capitalista y racista que se tiende sobre las vidas y los cuerpos de las mujeres empeñándose en condenarnos al desahucio. No obstante, Marta, desde al feminismo, renunció a vivir bajo el dolor del abandono, la violencia familiar, el abuso sexual, la

interminable búsqueda de un trabajo digno, la recuperación de tierra por el deseo inquebrantable de un techo, los embarazos que parecen no tener fin y deterioran su cuerpo y salud por falta de información para decidir, ese pendiente diálogo con la madre sobre el origen e identidad.

El caminar de Marta nos demuestra la lucha constante por resignificar todo lo que nos daña e intenta detenernos en esta búsqueda por la emancipación. Su vida nos recuerda lo fundamental que es detenernos a reflexionar sobre nuestros feminismos, el cómo estamos haciendo política, con quién y para qué.

Cada etapa de su vida es un viaje a través del tiempo y una radiografía de nosotras mismas y nuestras vidas en esta Honduras que tiene nombre de mujer.

Sara Tomé, abogada feminista.